



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**EL AMOR SEGÚN SAN AGUSTÍN**

**TESIS**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

**LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

PRESENTA:

**GARDUÑO SOLORZANO, CARMEN**

MÉXICO, D. F.

1941



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

1-2  
41

EL AMOR

SEGUN SAN AGUSTIN

*Jardines Salazar, Carrizosa*



## INTRODUCCION

Al hablar de San Agustín, evocamos aquel genio gigante del siglo cuarto que supo fundir y armonizar todas las filosofías antiguas, completadas por el elemento de la revelación cristiana, fundando un todo completo y sistemático.

Antes que Descartes, puso de manifiesto la importancia científica de la observación psicológica; planteó el problema de la certeza; platónico por inclinación realizó la alianza del pensamiento de su gran maestro con las ideas cristianas.

Es San Agustín un concentrado un interiorizador de toda la filosofía, hasta de la metafísica. Si estudia a su tiempo es para mirar a su alma y descubrir en ella a Dios. "interius intimo meo".

La razón le abre el camino para llegar a la fe: "Intellige ut credas".

La fe, afirma, despierta y dilata la razón: "Crede ut intelligas". Dándose la mano la gracia y la voluntad, si no chocan, por efecto de nuestra naturaleza viciada, ponen en evidencia dos amores que deben unirse y subordinarse. Subordinados, hacen al hombre feliz; desunidos, crean dos ciudades antagónicas: la del amor de Dios, que nos lleva hasta el desprecio de nosotros mismos, para encontrar en El, todo bien, y la del amor de nosotros mismos que nos lleva hasta el desprecio de Dios y encontrarnos, en definitiva, con nuestra nada y nuestra desgracia.

El hombre, nacido para ser feliz, encuentra su dicha en la verdad y en el bien. Pero, ¿qué es la verdad y qué es el bien, y dónde los encontrará? El escéptico duda que existan, y San Agustín le contesta: que si duda, es precisamente afirmando que existe: "si fallor, sum"; y ese sum es un bien y es una verdad.

La verdad, ¿serán las ideas en que vemos las cosas en nuestra mente? Esas ideas ¿serán algo independientes de nosotros mismos como lo enseña Platón?, ¿serán seres absolutos como Dios y necesarios como El?

San Agustín siente, como su maestro, hambre de verdad; comprende que las ideas son la mejor riqueza del hombre porque le llevan al conocimiento y a la posesión del Bien que contempla en las ideas.

Si, las ideas han de ser necesarias y eternas, pero no en sí mismas, sino en otro de quién dependan en cuanto a su realización. ¿Cómo será esa? ¿Dónde encontrará respuesta adecuada a esta dificultad?

Diciendo que la verdad es lo que las cosas son, y las cosas son la realización de una idea. Esa idea está en la mente del Creador que es la verdad absoluta, la única Verdad por esencia, de quién dependen todas las verdades que se cristalizan en la realidad de las cosas.

La inteligencia se acerca a las cosas creadas y comulga con la verdad, por la abstracción que lleva a efecto sobre el mundo sensible, y así entra en comunicación con la Verdad divina, fuente única de toda verdad.

A esta ansia de saber y de contemplar la verdad acompaña en nosotros el ansia del placer.

Pero ¿qué placer llenará nuestro corazón? La contemplación y posesión de la soberana Hermosura, le enseña Platón.

San Agustín entra en sí mismo y reconoce la pobreza del hombre para elevarse a tal altura. Para contemplar aquella HERMOSURA es necesario ser Dios. Tendrá pues el hombre que resignarse a una posesión de la divina BELDAD captándola en las cosas creadas, en donde se refleja necesariamente el amor del Creador, como en su obra.

Obra, que por ser de Dios y ser reflejo de los encantos de la divinidad y de su amor divino, merece que el hombre le consagre toda su vida y toda su eternidad.

Correr feliz tras de la verdad, hasta hacerla nuestra, buscar en todas partes el bien que Dios ha esparcido en todas las cosas y amarlas como a cosas de Dios, que merece todo nuestro cariño, es

el ideal filosófico de la vida que San Agustín concibe en la escuela de Platón, despojándolo de todas las contradicciones en que incurre el maestro por hacer a las ideas seres independientes, necesarios y eternos fuera del Único eterno y necesario, clave indispensable de la unidad y de la vida en todos sus conceptos.

Hasta aquí no hemos estudiado a San Agustín en su personalidad filosófica; es, diríamos la parte más insignificante, es el punto de partida; el Agustín de la Ciudad de Dios se cierne mucho más alto.

La Revelación cristiana le ha dado alas más poderosas para elevarse más allá de aquella contemplación de la Divinidad en las cosas creadas.

Le ha enseñado que la Verdad es Dios, pero que en Dios esa Verdad por esencia es una persona que se llama Verbo de Dios, que ese Verbo es la palabra creadora que ha dado a las cosas el ser.

El Verbo es pues donde descansan las ideas como en su centro, y la verdad que busca nuestra inteligencia no puede ser más que una participación de aquella verdad soberana.

En consecuencia, para lograr la verdad que ansiamos debemos acercarnos al Verbo. Pero ese Verbo Divino se ha acercado a nosotros, portador de luz y de Amor, la luz y el amor de Dios. A esas dos fuentes irá pues a inspirarse el discípulo de Platón.

Saludará a Dios con aquellas palabras que son el primer triunfo de su inteligencia en el camino de la Verdad: "Te invoco ¡oh Dios Todo Verdad! Bondad siempre antigua y siempre nueva, la única que puede dar descanso a nuestro corazón".

Ya comprendió lo que la vida es; ya puede definir al filósofo, de la manera que le satisface: "Sí, Dios mío, la verdadera sabiduría consiste en amarte VERUS PHILOSOPHUS AMATOR DEI."

Este es para mí el punto fundamental de la filosofía de San Agustín: el haber comprendido por lo insuficiente de la filosofía platónica y el esplendor de la revelación cristiana que la vida es un canto de amor de Dios, un verdadero idilio entre Dios y el hombre, con el único fin de hacer de la vida del hombre sobre la tierra, un trasunto de la vida divina y en el cielo, la participación de esa misma vida en la contemplación y fruición de la Verdad absoluta y del Bien infinito.

Con esa obsesión del amor, levanta San Agustín la síntesis de la vida humano-cristiana porque para él ya no existe el hombre separado del hijo de Dios, del redimido, del santificado, del heredero del cielo.

No podrá ya razonar ni considerar la vida fuera de la luz de la revelación, de las enseñanzas de Cristo, de la comunicación con Cristo por medio de la gracia, de la obra sobrenatural que Dios realiza por su Espíritu divino en las almas, por la infusión de sus virtudes y dones.

Es este un cuadro fuera de la filosofía en cuanto arranca de datos, de principios, de documentos que pertenecen a la Revelación, en él vamos a escuchar al Santo de Hipona. En efecto nos habla de la Santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, de la elevación del hombre al estado sobrenatural, nos trae de continuo argumentos del Evangelio y de la Sagrada Escritura. Puntos todos que están fuera de la competencia del filósofo: como tal, ya que la filosofía es la ciencia de la razón. Pero para San Agustín, como para todo católico, esto no entraña oposición alguna; es un plano superior de la vida humana, que la eleva y perfecciona sin disminuirla en modo alguno.

Me dirán que salgo del campo de la filosofía. No lo creo. Expongo el pensar de un filósofo cristiano y como no puedo disociar en él estas dos cosas sin destruirle, señalo lo que debe a la razón y el complemento que recibe de la fe o revelación cristiana y junto lo que juntamente ha vivido en él y ha hecho de él un genio.

Me ha parecido que el estudio de la vida, bajo el concepto Agustiniiano de la CARIDAD, procurará a los demás el solaz y provecho que en él he hallado para mi alma.

Con ese fin, y hecha la aclaración que precede, paso a desarrollar el tema que me he propuesto: EL AMOR SEGUN SAN AGUSTIN.

## PRIMERA PARTE

### LA BUSQUEDA DE DIOS POR EL AMOR

#### CAPITULO PRIMERO

#### NATURALEZA Y OBJETO DEL AMOR

Todos queremos ser felices; esto es un hecho, y no hay nadie capaz de rehusar esta proposición. Pero inmediatamente surge este problema: ¿adónde se encuentra la felicidad? Para unos está en la fortuna, otros la ven en los honores, algunos en los placeres voluptuosos. Los más atinados la buscan en la ciencia, en la virtud.... lo cierto es que todos, aunque por diferentes caminos, pretenden alcanzarla. Cualquiera que sea la forma que la felicidad tome para cada uno, consiste en la satisfacción de nuestras más vivas aspiraciones y en el disfrutar de los gozos más intensos.

¿Cómo llegamos a gustar de esas alegrías, naturalmente buenas las unas y malas las otras? Por un movimiento del alma de carácter simple y de ritmo constante. El 1er. acto es de orden intelectual; debemos conocer el objeto que nos ofrece la felicidad: *Ignoti nulla cupido*. "¿Quién puede amar, aquello que ignora?" —dice San Agustín en su *De Trinitate* XIII, 4-7 *ibid* VII 4.—Este conocimiento debe tener por objeto la belleza, los encantos, la fuerza seductora del objeto amado, pues de lo contrario, no sería capaz de atraer nuestras miradas, ni de conquistar nuestro corazón.

El 2o. acto es sentimental; adornado con todos los atractivos que

descubre en él nuestra inteligencia y que embellece nuestra imaginación, el objeto enciende en nuestro corazón el deseo más vehementemente de poseerlo.

El 3er. acto es de orden voluntario: al ceder al atractivo que la arrastra, la voluntad flaquea y convirtiendo el deseo en acto, toma posesión del objeto. "Es el momento de la fruición".—*De Civit. IV.7.*

Legítima o culpable, esta delectación llena al alma de alegría y de suavidad. Así, vemos claramente que todas las facultades concurren a procurarla, pero que la acción decisiva proviene de la voluntad. Esta acción tiene por causa la brusca impulsión de una fuerza interna: el amor. Según la física griega todos los cuerpos son inclinados por su propio peso hacia un lugar determinado para cada uno de ellos, que es el centro de su reposo; pues todo ser fuera de su lugar está inquieto, produce desorden, agitación. El alma humana no escapa a esta ley: tiende hacia el objeto amado para reposarse en él y la fuerza que la empuja hacia ese objeto, es precisamente esa fuerza interior: el amor; puede decir con San Agustín—*Confess. XIII-10*— "pondus meum, amor meus—mi peso es mi amor".

Esta acción, este dominio del amor sobre la voluntad da a esta facultad el papel principal en la vida del alma. Nadie pondría en discusión que es el agente principal de nuestra actividad moral. Se puede decir que los movimientos del alma son: voluntades. En efecto el deseo, y la alegría no son sino la voluntad consintiendo en tomar los placeres que queremos. ¿Qué es el temor o la tristeza sino la misma voluntad alejándose de los objetos que le repugnan? Según la diversidad de los objetos que la atraen o de quienes se aleja, que la encantan o que la hieren, la voluntad del hombre se transforma en tal o cual sentimiento. "Caro diliges, caro es; terram diliges terra es; Deum diliges Deus es".

También es rigurosamente cierto que nuestras actividades sensible e intelectual están parcialmente bajo la jurisdicción de la voluntad. Las sensaciones, los recuerdos, las imágenes, las ideas, dependen de ella, no porque las cree sino porque las vigila, las manda, así como nuestras facultades de sentir, de imaginar, de pensar; las aplica a sus actos o las aleja de ellos, concentra sus actividades

o las disocia según sus necesidades y sus deseos que no son sino los de su amor. Ella quiere lo que él quiere, como él lo quiere y cuando él lo quiere. El amor no es pues más que la voluntad, pero más fuerte, más activa, más ardiente, impaciente de la posesión del objeto que desea.

Podemos pues decir con toda verdad que: el valor del amor es el de la voluntad; y puesto que el valor del hombre es el de su voluntad, podemos afirmar que el amor no solamente mueve nuestra vida, sino que le da su valor exacto. Siempre alerta y activo se empeña en conseguir los objetos que más gozo le prometen, inspira las más humildes y las más elevadas virtudes, es el sublime resorte de los sacrificios más nobles, parece insensible a la fatiga, al sufrimiento a la humillación con tal de ser satisfecho.

El amor, se ve claramente que es una necesidad vital del hombre como lo es la respiración; no amar es endurecerse, es envilecerse más que los cuerpos inanimados, a quienes arrastra su propio peso.

Debemos pues amar; pero escoger con cuidado el amor que exaltará más nuestra vida y nos dará mayor felicidad.

El amor es el peso del alma que la arrastra hacia el lugar de su reposo: la delectación es la expresión de la libertad, pues sólo gozamos con lo que amamos y amamos lo que queremos.

El movimiento de la piedra no es como el del alma; el 1o. es necesario, el 2o. es espontáneo. Cada uno, como dice Virgilio, siente el arrastre de su placer, mas permanece libre para seguirlo o resistirle.

Si se trata de un objeto material, su posesión y el uso que de él se hace bastan para satisfacer al amor. Pero tratándose de un ser humano el gozo es incompleto mientras el amor no está correspondido; y por eso el hombre pone todos los medios a su alcance para despertar amor en la persona a quien ama, pues la reciprocidad es la necesidad de la naturaleza misma del amor. *Caritas dilectis ad lucem*; es una llama que quiere encender otra, una felicidad que tiende a crear otra felicidad. El sufrimiento, que el enamorado no correspondido llama injusticia, es el signo evidente de que el amor no puede vivir sin esa reciprocidad.

El amor no sólo crea otro amor sino que unifica a los que se

aman. Así nos lo dice el magnífico trozo del libro de San Agustín —De Civ. XIV-7,— a la muerte de su amigo “Me admiraba aun más de vivir yo después de su muerte. ¡No era yo otro él! ¡Ah! qué razón tuvo el que llamó a su amigo: la mitad de su alma. He sentido verdaderamente que mi alma y la suya no formaban mas que un alma en dos cuerpos”.

Cuando dos amores se juntan, todo les es común, las oposiciones desaparecen, las diferencias se debilitan, una similitud se establece en la manera de sentir, de pensar; canales misteriosos hacen circular la misma vida y por decirlo así, hacen al uno parte integrante del otro. —De Trinitate.—

Cuando esta unión es completa, el amor ha logrado su fin. El amor es el que ordena la vida del alma debiéndole ésta todas sus alegrías y todos sus sufrimientos.

Importantísimo es saber cuál de todos los amores que agitan nuestro corazón es y nos producirá la más perfecta unión y por lo tanto la mayor delectación.

Lo primero que debemos hacer es examinar hacia dónde nos lleva el amor y después escoger el camino más seguro y más rápido para llegar a ese lugar de nuestro reposo. Para lograr ésto, la felicidad a la que aspiramos debe ser permanente y plena, pues si es perecedera o incompleta ya no es la felicidad.

Ahora bien, todos los seres, por el sólo hecho de existir son buenos —nos dice San Agustín en sus Confesiones VII-18— y pueden ser para nosotros una fuente de gozo. Pero es evidente que esos bienes no tienen la misma calidad, ni el gozo que proporcionan tiene el mismo sabor, ni la misma intensidad. Conviene pues apreciarlos en su justo valor y conceder a cada uno el amor que merece. La ley de la justicia nos dice que merecen menos amor los bienes inferiores que los superiores, menos los materiales que los espirituales, menos los del cuerpo que los del alma. “Vive en la justicia el que sabe estimar las cosas con exactitud”.—De doctrina cristiana.—

Aplicaremos pues, este examen racional a los bienes sensibles primero y luego a los espirituales.

## CAPITULO SEGUNDO

### AMOR A LOS BIENES SENSIBLES

#### LA RIQUEZA

La fortuna constituye el primero de los bienes sensibles y tiene tanto atractivo que muchos hombres colocan en ella el centro de su felicidad. Y sería irracional desdeñarla, pues nos procura ¡tantos placeres y comodidades! pero, por desgracia, nos atrae también muchas alarmas. Ya lo decía San Agustín —en sus Sermones 345-5,— “Si no me equivoco habéis perdido el reposo el día que empezasteis a ser rico; en el día un solo pensamiento os preocupa **acrecerantar sea riqueza**; por la noche teméis **que os la roben**”. A bien pensarlo la riqueza es inestable; un ladrón, un incendio, una mala intención, la revolución acaban con ella. Además: el oro mismo nos incita a aumentarlo; esta sed ejerce presión sobre nuestro espíritu, y cambia la delectación en dolorosa ansiedad; luego invade nuestro corazón instalando en él el orgullo que nos hace creer que del oro depende nuestro valor, que es la señal de superioridad; y el orgullo es un gusano roedor que se incrusta en el fondo de nuestras almas para “devorarlas y reducir las a ceniza”. —dice San Agustín en sus Sermones 85-3.— ¡Qué pasa con la felicidad en esta devastación! Aunque la llene de satisfacciones materiales, no tienen el poder de alimentarla, pues la verdadera alegría viene del alma. Es el movimiento de la voluntad que, orgullosa de su independencia, va alegremente a tomar posesión de aquéllo que ama.

Mas, desde el momento en que el amor a las riquezas se vuelve avaricia, la voluntad se vuelve esclava; pensamos disponer de nuestras riquezas, pero ellas son las que nos dominan. Es imperdonable



el someter el espíritu a la materia y puesto que lo propio del amor es asemejar al alma a aquello que ama, es natural que la pasión del oro la endurezca, la materialice, unificando su substancia con esa tierra que tanto anhela poseer.

Tan sólo el pensamiento de que el amor de las riquezas nos puede llevar a tal envilecimiento, basta para probar que no nos puede dar la felicidad.

Pidámosle sí, el bienestar, gocemos de las riquezas sobre todo haciendo el bien con ellas a nuestros hermanos que sufren; pero si queremos la felicidad, busquémosla en algo menos perecedero y menos peligroso, usemos de la riqueza como medio, pero no como fin.

### LOS HONORES

Sin duda ocupan en la jerarquía de los valores un rango superior al de la materia; agrada al alma sentirse considerada, ocupar buena posición, ejercer el mando, conquistar la gloria —San Agustín *Sermones* 309-1.— Son satisfacciones legítimas, si no traspasan el límite que la justicia les tiene asignado.

Las dignidades públicas no constituyen por sí mismas un fin; éste es la felicidad de los pueblos; hay que servirse de ellas para lograr ese fin y no apegar su corazón a las dignidades mismas, eso nos da a entender San Agustín en su —*De civitate* V, 19.—

Pocas almas hay cuya elevación hace que encuentren su felicidad en procurarla a los demás y sin embargo, —nos dice San Agustín en el *De Civitate* V, 20— es claro que reducidos a la ostentación y al provecho, los honores no son más que frivolidad y vana gloria; el alma en vano busca en ellos felicidad no les darán más que humo. En su anhelo de ese placer que no encuentra tiene sed de más y más honores y esa ambición se vuelve una fuente de sufrimiento, como lo dice también San Agustín en sus—*Confesiones* V 9-10—. “Aspiraba violentamente a los honores y soportaba por satisfacer esta pasión, los dolores más amargos... no tenía más ambición que la de gozar de una alegría segura... y la buscaba en la gloria, mas ésta no tenía ninguna realidad; en el mismo momento en que creía alcanzarla, se me escapaba.”

La pasión de los honores no sólo acarrea sufrimiento sino que

es muy peligrosa para el alma, pues le vuelve tiránica, es decir, destruye en ella todo lo que tiene de humana y por su crueldad y violencia la vuelve peor que una fiera.

Las posiciones más elevadas son las más peligrosas; bajo las más brillantes apariencias se esconden las cargas más pesadas; y se necesita un gran tacto para usar de los honores solamente en beneficio de nuestros prójimos.

Si queremos ser verdaderamente felices debemos llevar nuestro amor por otro camino.

### LOS PLACERES VOLUPTUOSOS

Es, de los bienes sensibles el que parece darnos más felicidad, pues su objeto es una criatura humana que siente nuestro amor y responde a él. Examinémoslo. El ser humano tiende por instinto a comunicar su vida, a la perpetuidad; engendra seres semejantes a él y goza al pensar que va a vivir en ellos... Nada más lógico y más justo; y el amor que preside a esta generación es sin duda tan legítimo como natural; ¿que trae grandes goces? seguramente; pero ¿quién podría negar que tiene también deberes rigurosos y a veces muy pesados?

“Debe crear la vida, —nos dice San Agustín en *Sermones* 351-5— y no tener otro fin”. De lo contrario se envilece. Debe concentrarse sobre su objeto y por eso, escoger con todo esmero el ser con quién se unirá para fundar su hogar. La ley positiva lo anima sancionando esa unión y asegurándole derechos sociales. Esta es la felicidad legítima del matrimonio; pero por desgracia vemos que a muchos no basta y van a buscar en relaciones culpables una felicidad que no encontrarán, pues quieren obrar como si sólo tuvieran cuerpo, éste llega a esclavizar a la voluntad como lo dice San Agustín en sus *Confesiones* VIII-5,10: “mi enemigo tenía en sus manos mi voluntad; había fabricado cadenas y me las amarraba y así mi voluntad se volvió pasión; y, esclavo de ella, le vi volverse hábito y luego necesidad”.

Necesidad tan poderosa que sólo un verdadero prodigio de energía es capaz de vencer. Una mirada sobre el voluptuoso basta para

convencernos de que no es feliz. Su vida es un continuo tormento: sospechas, celos, querellas; aun su cuerpo se debilita y degrada.

Ni aun el amor moderado y creador del matrimonio es capaz de darnos la felicidad; hay que luchar contra las pasiones, y ¡quién no conoce las mil penas que trae consigo el matrimonio! aun el más privilegiado está sujeto a la muerte, a esa privación del ser amado, y esto basta para que la felicidad que nos brinda no sea la que nuestro corazón reclama.

Veamos si los bienes espirituales pueden hacernos verdaderamente felices.

### CAPITULO TERCERO

#### AMOR A LOS BIENES ESPIRITUALES LA CIENCIA

La ciencia es el primero de los bienes espirituales que se nos presenta, es universalmente deseado; —San Agustín en su *De Civitate XI-27*,— ya nos lo dice: “el error repugna a la naturaleza humana; nadie vacilaría en preferir el dolor con una mente sana, al gozo acompañado de demencia”. El objeto de esta sed de saber es: la **verdad** y su instrumento la más noble de nuestras facultades: la **razón**. Todos los hombres aspiran a la verdad aun los que se equivocan creen poseerla. Pero ¿puede la verdad darnos toda la felicidad a la que aspiramos?

Da mucha, no cabe duda, no hay hombre que deje de gozar al ver los progresos de la ciencia en todas las ramas del saber: los signos de la escritura, la música, el vestido, la habitación, etc. ¡Qué satisfacción para el espíritu del sabio, arrancar los secretos a la naturaleza, deducir sus leyes y ver que son verdaderas, evidentes!

La ciencia al dar a nuestro espíritu verdad, le da la posesión de la misma y ya sabemos que la posesión es el fin supremo del amor, la deliciosa fuente de la delectación. La verdad es el alimento de nuestra inteligencia y alimentarse de lo que se ama, estar seguro de poseerlo siempre, es ya estar en el camino de la verdadera bienaventuranza.

Pero desgraciadamente las conquistas de la ciencia llevan el grave peligro de materializarnos, creyendo que la verdad forma parte de los objetos materiales, existe sólo en ellos. Hay que evitar este escollo remontando de lo sensible que vemos, a la causa inmante-

rial que ha debido producirlo. Ya lo decía San Agustín en su —De Trinitate XIII 7.—“Esa luz que parece salir de los objetos al solo contacto con sus sentidos y con su alma ¡quién la encendió!” Esos fragmentos de verdad que recoge por todas partes, ¿no son el reflejo de la verdad total que los hace verdaderos?

Estas preguntas conducen a la verdad inimitable, total y permanente, es decir: a la felicidad. Mas, por desgracia, no es posible resolverlas completamente, pues lo más que puede lograr el espíritu, por medio de la razón y de la lógica, es llegar a ver en todo la firma del Ser Infinito y perfecto, pero sin poder verlo ni penetrarlo.

Y he aquí que la felicidad suministrada por la ciencia tiene también un límite, luego no es plena. Piensa entonces el hombre en su propio origen y en su futuro destino y la ciencia tampoco puede dar una contestación completa a este importantísimo problema. Saber **es**, que **piensa**, que **vive**; e ignorar lo que es, lo que será mañana: ¡Qué decepción y qué angustia para la tranquilidad de la inteligencia, y la paz del alma?

Conviene pues, sin dejar de gozar de lo que la ciencia nos puede dar, pedir a otro bien una felicidad más segura.

La inteligencia tiene dos objetos uno adecuado que es el bien realizado en las cosas creadas y otro absoluto que es el bien en sí es decir, Dios; y la verdad, **Dios**, se revela más a la caridad que a la fe.

## LA VIRTUD

La ciencia nos enseña que vivir es actuar y vivir perfectamente es conformar todos nuestros actos a las leyes de la justicia y a las reglas de la razón. La ciencia nos da esas leyes y esas reglas, mas el arte de ponerlas en práctica por una costumbre adquirida y constante se llama **virtud**.

Véamos si la virtud puede darnos esa felicidad que nos rehusa la ciencia.

La virtud es la razón, pero la razón recta orientada sin desviación hacia lo que se debe hacer. Como la fuerza interior que armoniza las facultades de nuestra alma es el amor; la **virtud** para di-

rigirlas toma la forma del amor y, por lo mismo, se vuelve **digna** de ser amada; mientras más amamos el bien, más virtud tenemos y reciprocamente; de modo que la virtud suprema es el perfecto amor. Fácil es comprobar que todas las virtudes son variantes del amor. En efecto las virtudes que deben dirigir nuestra vida, y que por lo tanto llamamos cardinales son: la prudencia (amor que discierne lo que le es útil o perjudicial); la justicia que consiste en dar a cada uno lo que es suyo (amor que se somete al solo ser que **ama** ordenándolo todo con rectitud); la templanza (amor que se da al ser amado en cuanto éste lo merece); la fortaleza (amor que soporta todo por el objeto amado); y lo mismo se puede decir de las otras virtudes; que derivan todas del amor.

Se podría creer, en vista de esta identidad de la virtud con el amor bien ordenado, que la virtud nos da la felicidad. Es sin duda un bien más perfecto que la verdad, pues el alma no se contenta con conocerla como sucede con la verdad, sino que la realiza en su **obra**. Nos procura dichas incomparables, pero no es el bien supremo, puesto que es obra del hombre y por lo tanto participa de su miseria—San Agustín nos lo dice hermosamente en su **De Civitate XIX 4**.—“El mal del cual nos aparta la prudencia y al que resiste la templanza ni una ni otra lo quitan de nuestra vida; la justicia conoce mucho más las angustias del trabajo, que el reposo que le sigue; y la fortaleza es el mejor testigo de los males de la humanidad que se ve obligada a sobrellevar con paciencia”.

La virtud no es pues nuestro supremo fin; el bien que ella realiza no es sino una participación, un reflejo del Bien infinito. “La felicidad que nos prodiga es una simple etapa del camino de la felicidad eterna”,—nos dice San Agustín en su **De Civitate XXII 24**.—

## SEGUNDA PARTE

### AMOR A DIOS

#### CAPITULO PRIMERO

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu... y a tu prójimo como a ti mismo”. Este es el precepto que Dios nos ha dado para satisfacer la más imperativa de nuestras aspiraciones Dios es amor—nos dice San Juan en su **epístola IV-16**,—está en su esencia ser amor, así como el ser espíritu. La caridad no es ni un título, ni una propiedad ni una perfección de Dios, sino su propia substancia, lo mismo que la de las tres personas de la Sma. Trinidad; pero es un atributo especialísimo del Espíritu Santo, o Don de Dios.

No hay que confundir este Don con los llamados comúnmente: **dones del Espíritu Santo**, ni con los privilegios excepcionales concedidos por Dios a ciertos hombres; como, el don de milagros, de lenguas, etc. Todos vienen del Espíritu Santo, pero como auxiliares. San Pablo en su primera epístola a los Corintios —**XIII**—después de hablar de muchos dones dice: “Es un solo y mismo Espíritu el que hace todas estas cosas y distribuye a cada uno sus dones según le place”.

Participamos, por la caridad del divino amor. La Sma. Trinidad quiso hacernos partícipes de ese Don de Dios, de ese amor eterno y lleno de delicias, encargando al Espíritu Santo de infundirlo en nuestras almas. Esta bendita infusión hace nuestra la caridad de Dios, tomando la medida de nuestra humanidad; creada en Dios, es creada en nosotros, pero no es ni un símbolo, ni una figura,

ni un reflejo; sino una participación real y verdadera: "una comunicación de sus ardores", —nos dice San Agustín en su De Trinitate.— ¡Qué amor debe ser el de Dios para hacernos semejante don! Nuestra inteligencia es incapaz de comprender y nuestro corazón de adivinar las razones de ese amor; pues no empezó a amarnos el día en que la sangre de Cristo nos reconcilió con El; nó, ya nos amaba, su amor por nosotros es eterno inmutable e incomprensible.

Para mostrarnos su ternura se dignó El, el Infinito, rebajarse hasta nuestra nada; revestir de nuestra pobre humanidad al Ser más querido para El a su propio hijo, y enviarnoslo como mensajero de su infinito amor.

No hay voz que pueda decir, ni pluma capaz de explicar lo que este celestial embajador ha hecho por nosotros; estábamos aprisionados por el mal, rompió nuestras cadenas; nos encontrábamos en las tinieblas del error, nos volvió al camino de la verdad; nos hallábamos enfermos y abatidos nos dió la salud y la vida; redimió la deuda de nuestros pecados y por colmo de beneficios murió por nosotros, firmando con su sangre nuestra salvación y el exceso de su ternura. Con razón nos dice San Juan (XV-13): "Amémoslo puesto que nos amó él primero".

Por esa ternura de Jesús hacia nosotros no tiene límites, es infinita; se preocupa por nosotros aun después de habernos redimido por su Pasión. Por eso, a pesar de su muerte y ascensión a los cielos no desapareció por completo de este mundo; antes bien, continúa viviendo en la tierra de una manera real, en la Divina Eucaristía, de una manera mística en cada uno de los cristianos.

Al contemplar Dios a los cristianos, al cuerpo místico de Cristo, a esa prolongación de Jesús, el segundo Adán, quién como El tiene una misión de dolor que cumplir sobre la tierra para completar lo que falta a la Pasión de Cristo (San Pablo a los Col. 1-24), al contemplar Dios, repito, a ese Jesús que vive y sufre en los cristianos, volvió a repetir lo que había dicho al crear a Eva: "Non est bonum hominem esse solum". No es bueno que el cristiano esté solo en medio de las tristezas y tribulaciones de la vida, pongamos cerca de él un corazón que lo comprenda, lo acompañe, lo anime, lo consuele. Y ese corazón fue el Corazón Inmaculado de su propia Madre,

el que le había consolado, el que le había acompañado, el que había compartido todas sus amarguras.

La misión que María tuvo con Jesús la sigue teniendo con cada una de nuestras almas; por eso es Madre del Cristo real y del Cristo místico; mejor dicho, no hay en María dos maternidades, sino una sola: es Madre de Jesús, dondequiera que nace: en Belén, en la Iglesia, en el Altar, en las almas; de Jesús dondequiera que se prolonga y se refleja: por la gracia y las virtudes, por el sacrificio y la inmolación, por la gloria y la bienaventuranza.

Y en todas partes la misión de María es una misión esencialmente maternal, es decir: de amor, de ternura, de consuelo.

Esa misión María la ha cumplido admirablemente a través de los veinte siglos que llevan las almas cristianas de penar sobre la tierra. ¡Quién podrá contar las lágrimas que han enjugado sus manos virginales? ¡apreciar los consuelos inagotables que, como bálsamo suavísimo, ha derramado sobre las heridas más íntimas del corazón humano? ¡sondear ese océano de amor en que se han ahogado todos nuestros sollozos y ese cariño maternal con que ha acañiciado y transformado la orfandad, la soledad, el desamparo de los pobres mortales? ¡Dónde hay desgracia que María no socorra, ni abandono que María no acompañe, ni gemido que en su Corazón no encuentre eco, ni ser degradado y caído que María no acoja y santifique y levante?

Por eso los cristianos somos, a pesar de la pobreza, de la persecución, del sufrimiento, las almas más consoladas de la tierra. Porque aunque todo nos falte, aunque quedemos solos en el mundo, aunque todos los hombres o nos desprecien, o nos odien, o nos olviden, siempre y a pesar de todo, podemos estar seguros de que hay un corazón que nos comprende, que nunca nos abandona, que jamás nos olvida, que siempre nos ama: ¡el Corazón de María!... y cualesquiera que sean los dolores que amarguen nuestra vida, podemos endulzarlos siempre con ese nombre de suavidad inenarrable: ¡madre!, ¡madre! nombre bendito que siempre encontrará eco en un corazón maternal que palpita de amor por nosotros, a pesar de nuestras miserias, e ingratitudes.

¡Oh, María! tú eres el primero, el más puro y el mejor, —¡cuántas veces el único!— de esos seres dulces y amados que tanto de-

seamos encontrar en la hora del desamparo. Tu Corazón es riquísimo en esas dos fuerzas que hacen compasiva a un alma: el amor y la pureza. Además, ese Corazón, estamos seguros de encontrarlo en todas partes y a toda hora. No hay tierra extranjera ni destierro tan lejano donde no se te pueda encontrar, como a Jesús, en algún recodo de la vía dolorosa. Tú eres la última visión del joven soldado que muere extrañando a su madre; tú la del misero extraviado quizá en tierras ingratas que, cayendo de fatiga, de hambre, de desaliento, abandonado de los hombres, siente que un corazón palpita junto al suyo, que un abrazo maternal envuelve su cabeza moribunda, que la verdadera felicidad va a empezar para él, y expira dulcemente en tu regazo...

¡Oh, María! también nosotros tenemos que sufrir sobre la tierra y nadie sabe cuál será la medida de sus males. Quizá un día los veremos solos, lejos de los nuestros, quizá calumniados, humillados, encarcelados, perseguidos... tal vez abandonados, aunque en apariencia, hasta del mismo Dios, cuya misericordiosa justicia nos castiga en este mundo; acaso, desesperados y próximos a perecer para siempre... Ven entonces, ¡oh María! ¡oh Madre! ven y adelántate a nuestras quejas, pon en nuestros labios ese nombre tantas veces invocado desde nuestra infancia, ese nombre que calma, que pacifica, que devuelve la esperanza a todo el que tiene la dicha de pronunciarlo o de oírlo.

¡Oh, María! que fuiste encontrada digna de consolar y fortalecer al Hombre-Dios, en el camino del Calvario, mira la debilidad de tus hijos los hombres, y vuelve hacia nosotros esa mirada de madre que aligera el peso de toda cruz!

¿Cómo no amar a ese Dios, que a pesar de todas nuestras ingratitudes y pecados nos ha dado tal Madre para amarnos? y que permanece El mismo en la soledad del Sagrario, en esa Divina Encarnación, esperando y recibiendo a cuantos vamos a visitarlo para ser el alimento de nuestras almas, la medicina de nuestras enfermedades, el Consejero y la luz de nuestras incertidumbres, el bálsamo eficaz para todas las heridas de nuestros pobres corazones la fe en nuestras debilidades, el perdón en nuestras faltas, el confidente de todas nuestras penas, el remedio de todos nuestros males la riqueza inefable que podrían envidiarnos los mismos ángeles.

¿Qué haremos para corresponder a tan gran amor? pedir al Espíritu Santo: "El no desea más que encender en nosotros el fuego de la divina Caridad, para hacer más fácil este amor, e inclinarnos a él!"—nos dice San Agustín De Trinitate XV-17—.

Dios se basta a sí mismo, si nos pide que le amemos es únicamente por amor hacia nosotros; loco sería pensar que el amor de una vil criatura, pecadora e ingrata, modificara en algo la esencia o la felicidad de Dios. Pero El sabe que a través de los amores de este mundo, nuestro corazón aspira a El, que deseamos su posesión para poder ser felices; y entonces para suplir la miseria de nuestras almas, las llena de esa luz y calor capaces de alcanzarlo, puesto que son su Esencia.

Envía su caridad a nuestros corazones no tanto para mostrarnos que nos ama, sino para darnos el único medio de amarlo.

Lejos pues el temor que nos inspira nuestra indignidad, no tomemos como presunción el levantar hacia El los ojos de nuestro corazón; por el contrario vacilar en amarlo sería la más negra ingratitud y renunciar a nuestra eterna felicidad. El principal objeto de Dios al mandarnos a su Hijo fué el de mostrarnos su amor sin límites e incitarnos a darle todo el nuestro. "Sic Deus dilexit mundum ut filium suum unigenitum daret".

### LA CARIDAD ES LA GRACIA DE LAS GRACIAS

La caridad es una gracia, nuestra voluntad, por sus propias fuerzas no sólo no la puede adquirir, sino que es incapaz de merecerla; nos viene de Dios. Mas, entre El y nosotros no existe ningún contrato que determine sus obligaciones y las nuestras; nos ha dado cuanto poseemos; esta liberalidad suya nos impone grandes deberes hacia El, pero sin darnos ningún derecho; es libre de aumentar o disminuir sus dones a su gusto sin ninguna coacción nuestra, pues ella limitaría su poder y haría desaparecer su divinidad; podemos pedirselos pero sin creer que nos los debe; si nos los da, es sólo porque nos ama. El mismo dijo: "no sois vosotros quienes me habéis escogido". Los discípulos a su vez lo escogieron y sacrificaron todo por El ¿me diréis? sí, pero después de haber sido escogidos.

La caridad no es una gracia cualquiera, es la gracia por excelencia, la gracia perfecta, la gracia de las gracias, contiene y ordena todos los otros dones, "suprimidla, (dice San Agustín en sus **Sermones 138-2**), y veréis desaparecer o debilitarse todos los otros dones". En cambio con la caridad todos los dones de la naturaleza y de la gracia se vuelven fecundos, pues ella los utiliza supliendo su incapacidad; por eso el magnífico elogio de la caridad en la epístola de San Pablo a los Corintios (13, 1) y San Agustín (en su **De Trinitate XV-18**), exclama: "Qué grande es ese bien sin el cual tantos otros bienes no pueden conducir a nadie a la vida y de llevarnos al cielo". Es pues la única vía que nos lleva a la felicidad eterna; la razón, la ciencia, la virtud nos encaminan, pero sólo la caridad vence los obstáculos y llega a los espacios infinitos donde reside Dios y con él la verdadera felicidad.

#### COMO LA CARIDAD SE VUELVE "VIRTUD"

El Espíritu Santo enciende en nuestra alma un fuego que la abrasa —nos dice San Agustín en **De Trinitate XV-17**,— y este fuego se extiende a todas nuestras facultades, pero particularmente actúa sobre nuestra voluntad enderezándola y orientándola hacia el bien, luego se apresura a inflamar su valor y por fin le da un vigoroso impulso hacia el objeto de su amor. La voluntad no busca su delectación en algo exterior, sino que la encuentra dentro de ella misma, en ese ardor delicioso que la anima, en ese fuego ardiente que la abrasa en ese movimiento que la arrebató; en su caridad.

El hecho de que la caridad es la generadora de su propio deleite, constituye su diferencia esencial de los amores terrenos.

Mientras la razón es incapaz de controlar el amor que se vuelve pasión ardiente y devora su felicidad terrestre, el Espíritu Santo regula los ardores de la caridad. El deleite que nos procura cada acto de amor a Dios, aumenta cada vez que lo repetimos; adquirimos poco a poco el hábito y así la caridad sin dejar de ser la mayor de las gracias se vuelve la más hermosa de las virtudes.

Si buscamos su definición podemos decir: **la caridad es la virtud por la cual amamos lo que se debe amar.**

Ahora bien, entre lo que se debe amar, Dios ocupa el 1er. lugar, de ahí que San Agustín diga: "Dios y el alma que ama a Dios, he aquí la caridad en su estado más perfecto".

Puesto que lo propio del amor es la unión: **La caridad es la virtud por la cual amamos a Dios para unirnos a El.** Y completándola con lo que es su propio deleite diremos con San Agustín —en su **De doctrina cristiana III-10.**— "Llamo caridad al movimiento del alma que la lleva a gozar de Dios".

## CAPITULO SEGUNDO

### DESARROLLO DE LA CARIDAD

**INFLUENCIA DE LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO SOBRE ESE DESARROLLO.**—La caridad no se nos da entera, desde el principio, pero trae en sí misma el germen de su desarrollo. Lo importante es que arraigue con profundidad en nuestras almas y encuentre en ellas un medio favorable para crecer.

Este medio es preparado por el Temor de Dios que nos hace ver nuestra indignidad, la incertidumbre de nuestra salvación, el castigo merecido por nuestras culpas... etc. San Agustín nos dice en su—*De nature et gracia* 32, 36,—que los Pelagianos consideran este don del temor como inútil y molesto, por no querer convenir en nuestra debilidad natural; pero que es un precioso auxiliar para llegar a la caridad. Veamos ¿cómo? por el miedo de los castigos, nos aleja del pecado empezando a purificar nuestra conciencia. Ahora bien, como este temor a base de egoísmo, es extraño a la caridad y por eso no permanece en el corazón, sino que sale y deja el lugar a algo más desinteresado.

En efecto, poco a poco ya Dios no se nos presenta tan sólo como juez, tememos el ofenderle pero porque es **bueno** y porque nos ama; este temor ya está lleno de ternura: es la caridad que ha nacido y empieza tímidamente a crecer.

Esta sustitución del temor por la caridad no es obra de un día, es muy raro que sea completa, aún en almas muy santas; al deseo ardiente de complacer a Dios se mezcla el temor de desobedecerlo. Amamos tanto a Dios que sólo queremos agradarle y sólo tenemos un temor: perderlo.



El temor encuentra, desde un principio, un precioso auxiliar en el don de Piedad: "Esta virtud es el 2o. grado de la sabiduría", nos dice San Agustín—De Doctrina Cristiana II, 7.—Es, por decirlo así, el cultivador de la caridad, mas esta noble función presenta sus dificultades; pues así como el agricultor tiene que arrancar la yerba y que abonar el terreno, etc., según lo que quiere sembrar, la piedad debe empezar por arrancar de nuestro corazón el amor mundano y adornarlo con la humildad y demás virtudes que deben hacerlo apto para que florezca en él la caridad.

La piedad sola no podría discernir lo que conviene a la caridad y viene en su ayuda el don de Ciencia que ve lo que estorba y nos enseña a sacrificarlo por la caridad, indicándonos el verdadero valor de ésta. Nos anima también a luchar contra el amor propio que tiende constantemente a disminuir en nuestra alma el amor divino. La lucha entre estos dos amores se basa en la contradicción que existe en su naturaleza, pues mientras la caridad es el movimiento del alma que la lleva a gozar de Dios, por sí mismo; el amor propio la arrastra a gozar de sí misma fuera de Dios. Por otra parte el amor propio tiene tres poderosos auxiliares que se llaman, y con razón, los enemigos del alma y son: el mundo, el infierno y la carne. Para vencer a tan poderosos enemigos el temor, la piedad y la ciencia no son suficientes; pero el Espíritu Santo para ayudarnos a triunfar nos da ese don divino de la Fortaleza.

La fortaleza ataca al primer enemigo que hay que vencer: a la concupiscencia de la carne, y nos aparta de la impureza, del abuso en el comer y beber, etc. El choque es muy doloroso, pues nuestras pasiones no quedan conformes y aun debilitadas pretenden resistir y volver a entablar la lucha: "Los vencidos, (nos dice San Agustín en su *De Civitate* XIX-27), para quedar dominados necesitan de la constante e inquieta vigilancia del vencedor". Mas, no estamos solos, el Espíritu Santo nos acompaña; rodea a la caridad de un ambiente de pureza y empezamos a gozar de aquella promesa hecha por N. Señor "bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios". (San Mateo V-8).

Es un primer paso hacia la victoria; la fortaleza va a atacar al segundo enemigo: el mundo; es decir, todo aquello que daña a nuestra imaginación. Al parecer este triunfo es menos costoso pues vi-

niendo el peligro de fuera un acto de energía basta para apartar de él nuestras miradas. No hay que hacerse ilusiones; a veces es heroico arrancarse a una de esas tentaciones del exterior; pero Dios cuenta nuestro esfuerzo y sabrá recompensarlo.

Falta a la fortaleza para que su triunfo sea completo, la derrota del peor enemigo: del amor propio; de ese orgullo que oscurece nuestra inteligencia interceptando los rayos de la luz eterna, que cierra el oído de nuestro corazón impidiendo que escuche la voz de Dios, alejándolo de nosotros.

Conociendo este terrible adversario hay que tratar de dquirir, cueste lo que cueste, la virtud que le es contraia, es decir la humildad, que nos acercará a Dios.

Algo que nos ayudará en esta empresa es el pensar en el ejemplo de humildad que nos dió el mismo Dios, al hacerse semejante a un esclavo... haciéndose obediente hasta la muerte y muerte en la cruz. En seguida, examinemos detenidamente nuestra miseria, la nada que somos y lo mucho que necesitamos de El para ser algo. Si nos elevamos, se alejará de nosotros si nos humillamos se acercará. Depende pues de nosotros el que Dios esté lejos o a nuestro lado "Amadlo y se acercará a vosotros, amadlo y habitará en vuestro corazón" —dice San Agustín en sus *Sermones* 21-2.—

Los ardores de tan tremenda lucha, la misma alegría de la victoria tienden a disipar nuestra alma, y la caridad, para seguir creciendo requiere paz, serenidad. El Divino Espíritu nos la va a proporcionar por medio del precioso don de Consejo que nos incitará a la reflexión. A su luz aparecerán nuestras victorias, pero también las derrotas sufridas, la calma reinará poco a poco en nosotros y con ella la caridad crecerá derramándose sobre todo el campo que ha conquistado. El consejo le dirá: cada progreso es una liberación, ama cada vez con más ardor y cada uno de tus actos te hará más vigorosa. Y así, la caridad llegará a florecer en nosotros y a dar sus hermosos frutos que constituyen las virtudes; al principio la pureza y la humildad, y después todas las demás.

No todas las virtudes son iguales, pero todas se alimentan de esa savia divina que es la caridad. Las virtudes son, por decirlo así, como el ejército de ese general: la caridad, quien se sirve de ellas

para dar sus órdenes, dirigiendo los movimientos de sus subalternos, para llegar al fin que él se propone.

En este momento en que la actividad de estas virtudes empieza a actuar, llegamos, gracias a un nuevo don del Espíritu Santo, el de Inteligencia, al 6o. grado de nuestra vida interior, a la purificación de nuestro corazón. La inteligencia ve con gran lucidez las sombras que aún empañan la visión de Dios y se esfuerza en desvanecerlas, por la práctica de las virtudes, aplicando cada una de ellas a vencer al vicio que le es contrario, para llegar a esa maravillosa unidad de la **tranquilidad en el orden** que caracteriza el reinado de la caridad en un alma; de esa caridad que anima todos nuestros actos, y dirige la vida moral de nuestra alma.

Más, hay una virtud natural la sabiduría, que el Espíritu vivifica por su último don. Hecha para buscar a Dios y contemplarlo, la sabiduría se impregna de tan gran amor al recibir sus luces que automáticamente se confunde con la caridad, hasta el grado que se ha podido afirmar (**Epístola 140-184**); que: El grado más alto de la sabiduría está en aquel precepto: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con tus fuerzas". Vemos pues que la sabiduría no es más que la caridad, derramada por el Espíritu Santo en nuestros corazones.

### INFLUENCIA DE LA FE

La sabiduría nos muestra a Dios y nos lo hace amar; pero la fe nos lo hace conocer y como el conocimiento es la medida del amor, mientras más nos lo hace conocer, más aviva nuestra ternura hacia El. Nuestro espíritu y nuestro corazón desean ver a Dios; para verle y gozar de El, la fe va a levantar el velo que lo esconde. "Intellige ut-credas" dice San Agustín. Apóyase sobre las conclusiones de la ciencia y de la sabiduría, que no sólo por todas partes descubren pruebas de la existencia de Dios, sino que hacen de El, el centro de todas las luces de nuestro espíritu. Después, arrastra a la inteligencia hacia el campo de los misterios y se empeña en penetrar la naturaleza divina. Pero no hay que admirarse de entrar en un campo incomprensible para nuestra inteligencia, no hay que cansarse, sino humildemente tratar de arrancar al conocimiento

más profundo de Dios, un amor más tierno hacia El y que nos cause mayor deleite como lo dice San Agustín (**en su De Trinitate XV, 2, 3**). "No se le busca más que para encontrarle con más dulzura y se le encuentra, para buscarle con más ardor".

La fe precede a la inteligencia en esta búsqueda: "Credo ut intelligam" (decía San Agustín en sus **Sermones 118-1**), bajo su dirección se nos muestra la realidad que se debe captar, la inteligencia por sus operaciones propias, análisis, deducciones, intuiciones, llega a algunas conquistas que excitan su sed de conocer y de extender el campo de sus descubrimientos, llegando así a la magnificencia de la Trinidad, de la Encarnación, la Redención, la Eucaristía; el admirable tesoro de la Gracia y el inefable arrebatado de la felicidad eterna. A medida que Dios se revela a nosotros, comprendemos mejor sus perfecciones, el exceso de su cariño... y elevamos hacia El nuestras sinceras adoraciones. Nuestro corazón recibe también el beneficio de la fe; ella busca y él se conmueve, ella conoce, pero él palpita de júbilo; ella ve, él goza y es tan insaciable en el gozar, como ella incansable en el conocer.

La fe no sólo le muestra a Dios, sino que lo fija en El para que concentre en El todo su amor.

La fe aumenta considerablemente la caridad. (**Soliloquios 1-14**).

### PAPEL DE LA ESPERANZA

Su objeto es hacernos desear más vivamente esta visión. Al efecto nos invita a despreciar los bienes presentes y a tender hacia los venideros; la esperanza consuela nuestros corazones, pues a pesar del amor que sentimos por Dios, ¡quién no conoce esas horas de desaliento ante nuestras faltas, o bien ante las penas de la vida! La esperanza nos dice que son un instante fugitivo del tiempo, que una sola cosa debe importar a nuestro corazón: **nuestra eterna salvación**; que Dios permite esas penas precisamente para que busquemos otra felicidad que no nos engañe.

Las aspiraciones de la esperanza sostienen la fe e inflaman la caridad, se dirige al corazón y le dice: "¿deseas ver a Dios claramente? —lo verás; ¿deseas poseerlo sin temor de perderlo? — lo po-

seerás". (**Solloquios 1-6**). Estas promesas de la esperanza lo son de Dios; ¡qué gran consuelo para el corazón saber que el amor tendrá su recompensa y una recompensa proporcionada a su tamaño! esto nos moverá sin duda a no tener más que un cuidado: acrecentar dicho amor.

Fácil es explicarnos ahora porqué la caridad no tiene límites: dirigida siempre hacia Dios, se enardece al acercarse a El; el pensar que lo poseerá un día realmente y para siempre, la llena de entusiasmo. De ahí que los mártires hayan ido contentos a la muerte: "Aquel que infunde la caridad en el corazón da el verdadero valor... a medida que se intensificaba el amor de San Lorenzo, durante su martirio, la llama de sus perseguidores se enfriaba", nos dice San Agustín, (**Sermones 304, 4**).

La caridad está por encima de la esperanza y de la fe; además tiene sobre ellas el privilegio de que será eterna; es decir, que seguirá existiendo durante toda la eternidad, lo que no puede decirse de la fe, pues ésta, al llegar a la visión de su objeto, desaparecerá; y lo mismo será de la esperanza, que consiste en desear la posesión del objeto; al obtenerlo, será ya inútil; mientras que la caridad, o sea la delectación en la visión, posesión y unión con el objeto, se aumentará y llegará a la perfección.

Nuestra actitud presente se deriva de esta verdad. Puesto que nuestra caridad no cambiará en la eternidad sino que nos hará gozar de Dios y amarle en la medida en que lo hayamos hecho en la tierra, es claro que debemos darnos a Dios sin medida y para siempre, como El se nos ha dado. Y Dios nos pide nada menos que nuestro corazón, quiere que sea suyo para que no lo perdamos; y nos lo pide todo, nos dice San Agustín (**Sermones 34, 4, 14**). "Totum exigit te, qui fecit te".

Vemos pues que la caridad es la vida moral, que teniéndola se tiene todas las virtudes, que cumplen todos los preceptos de la ley por lo que ha podido decirse: "Amad y haced lo que queráis". (**Epístola de San Juan XII-3**).

## CAPITULO TERCERO

### FIN DEL AMOR DE CARIDAD: LA UNION CON DIOS

#### LOS PRIMEROS ACTOS DE AMOR

La primera manifestación del amor es la alegría por la presencia del ser amado, ahora bien Dios está en todas partes, esta presencia universal pone en contacto al alma con su Creador y la hace gozar de un deleite inefable; mas ¡qué decir del momento en que el Creador se da a su criatura, y por la Sagrada Eucaristía, habita en su corazón como en su templo, comunicándole su propia vida, haciéndose el alimento de su alma! El Espíritu Santo va agrandando ese templo; y apropiándolo a las necesidades de su divino Huésped. Dios es movimiento, es acción y lo "oímos caminar en los vastos espacios que la caridad le ha hecho en nuestro interior". (San Agustín **Sermones 163-1**).

La idea de que Dios es el testigo de nuestra vida nos mueve a evitar todo cuanto pudiera contristarle y a esforzarnos en hacer lo que le agrada. Sentimos ansias de hacerle nuestras confidencias, de decirle nuestros deseos, nuestros sueños, nuestras necesidades, pues sabemos que nos comprende, que le agrada ese grito de nuestro corazón.

Vivimos en la agitación continua de la vida y nuestra caridad se extinguiría si, de vez en cuando la oración no viniese a animarla; mas para eso es preciso que la oración salga de nuestro corazón; San Agustín nos lo dice claramente (**Sermones 91-3**). "Con el corazón pedimos, con el corazón buscamos, con él tocamos y al corazón se abre la puerta. No son vuestras palabras lo que Dios exige, sino vuestro corazón".

Cuando se ama, fácil es encontrar las palabras que expresen ese amor; pero aun ese trabajo Dios nos lo ha suprimido enseñándonos la sublime oración de el Padre Nuestro, que encierra todo lo que el amor, puede sugerir al alma.

Por otra parte, sin la caridad nuestra oración no es más que un montón de palabras inertes y no son las palabras las que conmueven el corazón de Dios, sino el estado de nuestra alma, la dirección de nuestro pensamiento, el vivo impulso de nuestro corazón hacia El.

Esta oración silenciosa tiene el privilegio de ser constante a pesar de las múltiples ocupaciones que llenan nuestros días, pues Dios ve nuestra vida y si ella es santa, está glorificando a Dios a pesar del silencio de nuestra lengua.

San Agustín (*Confesiones 15-24*), nos enseña a ofrecer todo a Dios: "Si Señor, Rey y Dios mío hacéis servir para vuestra gloria todo cuanto aprendí en mi niñez; si sé hablar, leer, escribir y contar que sea sólo por vos". Y Dios escucha nuestros ruegos, y allá en el fondo de nuestro corazón responde, gozoso de calmar la sed de nuestro amor, ya por un consejo, ya por una petición, ya por el consuelo dado a nuestras penas; y todo con una tan infinita ternura que a veces el alma se siente salir de sí misma y perderse en esa caridad sublime de su Dios, que es la Contemplación.

### LA CONTEMPLACION

La contemplación es ese estado del alma en que le parece despojarse de su cuerpo, y anonadarse deslumbrada ante los esplendores que se le presentan. Es un privilegio de los corazones puros, ese deleite tan especial, por eso debemos poner todos nuestros esfuerzos en aumentar nuestro amor, más bien que en cultivar nuestra inteligencia.

Las facultades de nuestra alma pueden sin duda prepararnos a este sublime estado de contemplación; en nuestra memoria vemos la imagen de todo lo que nos rodea, y descubrimos en ella a la Sma. Trinidad; pero es más, dice San Agustín (*Confesiones X-24*). "Estáis ahí Vos o Dios mío, dede el día en que os conocí; y ahí os encuentro cuando el recuerdo me invita a gozar de Vos". Y de mi

memoria paso a mi inteligencia y ahí también os encuentro; pues si la examino veo que en un pensamiento está la inteligencia, se conoce y se ama; y, en estas tres realidades en una, reconozco a la Trinidad, y aun más en la segunda trinidad: **memoria, inteligencia y voluntad**. Por la contemplación aparecen al alma cada una de las perfecciones de las tres divinas personas reflejándose en su alma: ella es; Dios, es el Ser; ella vive; El, es la vida; ella sabe; El es la ciencia; ella es hermosa; El es la belleza... ella ama; El es el amor. Y este espectáculo produce en ella las inefables delicias que arrancaron a San Agustín (*Confesiones X-27*), aquellas palabras: "Muy tarde empecé a amaros... estábais conmigo y yo os buscaba fuera, pero habéis brillado y vuestro resplandor ha ahuyentado mi ceguedad".

### LA UNION CON DIOS

La contemplación no es más que una etapa en el camino del amor, su fin es la unión con el ser amado. Por la adoración de Dios y la contemplación de sus amabilidades el alma llega a no tener más deseo que el de unirse con El. Cierto es que ya poseemos a Dios, puesto que habita en nuestras almas, pero esa posesión no nos basta, ni a El tampoco, pues quiere que nos le unamos con todas las fibras de nuestro corazón, quiere que nuestro don sea **total**, aunque no pueda siquiera asemejarse al suyo, puesto que somos criaturas.

Dándonos por completo a El, abraza nuestra alma y con su fuego fecunda nuestras pobres virtudes; después siguiendo la ley del amor, que borra toda diferencia entre aquellos que se aman, nos volvemos semejantes a El, nuestras virtudes se transfiguran y El se complace en mirarlas, en reconocerse en ellas y en vérselas ofrecer como un justo holocausto.

Por hermosa que sea el alma, nunca se estima digna de ofrecerse a su Amado y entonces se dedica a adornarse más y más por medio del sufrimiento, que es el signo más expresivo de los afectos terrestres y el mejor adorno de la caridad. "Y cómo llegará el alma a unirse a Dios si no comparte sus dolores (San Agustín en sus *Sermones 169-13*) y sin ofrecerse con El, como El y por El como

víctima de amor". Tengamos pues el valor de abrazar como El el instrumento del suplicio que consistirá para nosotros en los dolores, amarguras, humillaciones de cada día; estemos con Cristo en el Calvario y ya que no podemos morir como El por nuestros hermanos los pecadores, ofrezcamos generosamente por ellos cada día los sufrimientos que nos asemejan a Cristo para poder resucitar con El, y vivir de su vida por medio de esa sublime unión que establece entre El y nosotros el Sacramento Inefable de la Eucaristía, y que El mismo nos reveló cuando en la última cena dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él". (*San Juan VI-57*). Esta unión constituye la suprema felicidad que nuestro amor puede sentir aquí en la tierra y es una muestra de la que nos espera en la eternidad con la perfecta posesión de Dios. Y he aquí perfectamente justificada la definición de la Caridad: "Llamo caridad al movimiento que lleva al alma a gozar de Dios, por sí mismo". (*De doctrina cristiana II-10*).

## TERCERA PARTE

### EL AMOR DE SI MISMO

#### CAPITULO PRIMERO

#### AMOR AL CUERPO

Aunque no hay un precepto especial de la caridad sobre el amor de sí mismo, éste se considera incluido en las palabras "amarás a tu prójimo, como a tí mismo"; y es un hecho indiscutible que por más que el hombre se aleje de la verdad le queda siempre el amor de sí mismo.

Claro que este amor puede tomarse en varios sentidos: hay quienes hacen de la satisfacción de todas sus tendencias perversas el único objeto de su vida; este no es el verdadero amor de sí mismo. El amor verdadero reposa sobre el instinto de conservación que tenemos por naturaleza y que nos mueve a mantener intacto nuestro valor para permanecer dignos de amarnos. Conocemos ya la manera de hacernos infinitamente amables: la caridad. Nuestra ternura debe ir hacia Dios, y todos nuestros cariños tenerlo a El como centro; es decir que debemos amar en nosotros a esa porción de Dios que está en nuestra alma "amándonos tanto más cuanto que lo amamos más a El", dice San Agustín, (*de Trinitate VIII-8*).

Lo poco que somos no es nada en relación con Dios claro está; pero con relación a las criaturas del universo tenemos un valor inmenso, nos dicen la razón y la fe. Echemos una ojeada sobre: lo que somos.

El primer bien del cuerpo, la condición de todos los demás es: existir; metafísicamente el **ser** nos distingue de la nada y por lo mismo nos da un gran valor. Ahora bien, las cosas son y aunque no lo sienten, este solo hecho les da un cierto valor; los animales valen más pues tienen el ser y la vida, pero no comprenden su felicidad; nosotros somos y lo sentimos; vivimos y lo sabemos; esto nos da una gran superioridad sobre todas las criaturas, nos dice San Agustín (**Confesiones III-7**), pues podemos comprobar nuestra filiación divina y reconocer en nosotros su poder y su bondad.

Nuestro ser está hecho para la inmortalidad; esto lo prueba el que todos los hombres por desgraciados que sean en esta vida, salvo algunas excepciones, hacen todo lo posible por prolongarla, antes de aspirar al aniquilamiento completo de su ser.

"Este amor tan profundo de nuestro ser no puede tener su asiento en nuestro cuerpo, condenado a perecer, sino en el Ser absoluto que no muere", dice San Agustín (**De Civitate XI-28**).

Debemos amar nuestro ser y en él nuestro cuerpo aun por la belleza que encierre, pues si la belleza es: **proporción, armonía y unidad**, ¡cuán admirablemente realiza estas condiciones cada uno de los órganos de nuestro cuerpo! Nuestro cuerpo es un modelo tan acabado de equilibrio que San Pablo lo propone como ejemplo a la sociedad de las almas. ¡Qué solidaridad, qué unánime conspiración para el bien del conjunto! en verdad debemos convenir con el Apóstol en que nuestros órganos de carne, por su estructura y la concordia de su actividad, son un perfecto símbolo de la caridad. ¡No nos vienen de Dios la habilidad de nuestras manos, el poder expresivo de nuestra voz, la dignidad de nuestro porte? Y cada detalle de nuestras funciones vitales, de nuestro corazón... de nuestro cerebro... ¿no son una manifestación de su sabiduría, de su Providencia?

Tenemos pues derecho de amar a nuestro cuerpo con tal que busquemos a través de tantas maravillas, a Aquél que se dignó darnoslo, y se lo ofrezcamos en agradecimiento.

Debemos también amar a nuestro cuerpo lo suficiente para conservarlo en el estado de salud necesario para servir de instrumento a nuestra alma. Aquí hay que evitar los dos extremos; y dar al cuerpo sólo lo que la razón nos dice que exige su propia natura-

leza y que está según los deseos de nuestro Creador, es decir, tratarlo con prudencia, sin apegar nuestro corazón a esos gozos puramente materiales.

La razón suprema de amar a nuestro cuerpo debe ser la resurrección a que está destinado por haber sido durante la vida la morada del Espíritu Santo. Los cristianos tienen la promesa de que en un instante su carne y sus miembros surgirán de la tierra y del seno de los elementos que los han disuelto, para renacer a una vida nueva y volver a su integridad primera (San Agustín, **De Civitate I-12**), y vivir la vida del alma bienaventurada en el seno del eterno reposo. Debemos pues amar nuestro cuerpo santificándolo cada día, para hacerlo menos indigno de la gloria a que está destinado.

## CAPITULO SEGUNDO

### AMOR AL ALMA

Todo el género humano reconoce la superioridad del alma sobre nuestro cuerpo: ella es la fuerza interna animadora de todos los órganos del cuerpo, de todas sus palabras, de todos sus actos; y no sólo sino que ella preside al orden que el gobierno de los hombres ha establecido en las diversas administraciones, poderes, leyes, costumbres, arte. La superioridad del alma es evidente; por mala que sea, nunca pierde su especie volviéndose materia, así es que podemos afirmar que es superior y por lo tanto preferible a todas las maravillas del mundo.

El alma, es el soplo de Dios, la hizo espiritual y "para marcarla con su huella, reflejó en ella sus rasgos divinos", nos dice San Agustín (*De Trinitate XI-5*).

Esta semejanza con Dios hace nuestra alma hermosísima. Examinemos sus facultades:

Nuestra inteligencia es el Espejo del Verbo divino. Todas las criaturas son, por las ideas divinas que informan sus órganos materiales y que Dios puso en ellas en su acto creador. Para poderlas conocer Dios imprimió en nuestra inteligencia las reglas inmutables y necesarias de la verdad. Nuestra alma percibe, por la sensación, la forma, el color de las criaturas; las sensaciones le llegan transformadas en imágenes; ella las junta, las disocia, las compara y lee en lo inteligible que ellas le revelan, los juicios divinos que las hacen verdades. Y el conjunto de esas verdades constituye la Ciencia que tanto ennoblece al alma humana. Pero lo más admirable es esa maravillosa naturaleza de nuestra inteligencia que le permite participar de la ciencia de Dios.

Si es en el orden moral, todos los filósofos se admiran de esa sed que tenemos del bien soberano; pero es que Dios ha grabado en nuestras conciencias las reglas inviolables e incorruptibles de la moral, los principios de donde derivan el derecho, la política, las instituciones sociales. Cuando oímos lo que llamamos la voz de la conciencia, lo que oímos es la voz de Dios que nos ordena reflejar, por nuestras virtudes, sus divinas perfecciones.

Y ¡qué decir en el orden sobrenatural!, en el cual el Verbo divino como Maestro interior nos revela lo que escapa a nuestros sentidos, lo que supera a nuestra inteligencia, lo que eleva nuestro pensamiento hacia los horizontes del infinito.

Pero Dios ha hecho nuestra alma aun más hermosa, dándole el gran tesoro de la memoria. Es como un palacio inmenso donde están colocadas las numerosas imágenes recogidas por nuestros sentidos, y listas para presentarse ante nosotros, a la primera llamada, con la misma forma, el mismo sabor, etc., de los objetos que nos las proporcionaron. Más, no sólo los recuerdos del pasado se hallan en nuestra memoria, sino los conocimientos abstractos, etc., aquéllos que los objetos no nos dan directamente sino que nuestras facultades elaboran, por decirlo así por el examen, la comparación... la generalización de las características varias de los individuos. Pero todo ese tesoro, la memoria siente que no es suyo, sino que le viene de un generoso protector que es el mismo Dios, descubriéndole a cada momento la verdad, sectores de la Ciencia y de la Sabiduría, pues Dios reside en la memoria. Y ¡qué maravillosa es nuestra memoria! ¡qué extensión! ¡qué profundidad! ¡Es un tabernáculo que encierra el recuerdo de Dios!

Pero si la memoria es admirable, ¡qué decir de la voluntad, que la tiene a sus órdenes! En el orden sensible fija nuestros órganos sensoriales sobre los objetos, combina a su antojo las imágenes de nuestra memoria; en el orden intelectual mueve a la inteligencia, le inspira el deseo de conocer y saca de lo profundo de nuestro intelecto las realidades que ahí están, para examinarlas.

En el orden moral, realiza los descubrimientos de nuestro espíritu, convierte las ideas en actos y establece el equilibrio moral de nuestra vida por la perfecta conformidad entre nuestra convicciones y nuestra conducta.

¡Qué poder el de esta preciosa facultad! tan es capaz del heroísmo más sublime, como del crimen más repugnante. Y ¡qué vitalidad la suya! esos anhelos constantes y jamás satisfechos plenamente que la conducen a la nostalgia del fuego infinito y eterno que la ha alumbrado en nuestro corazón y que es el Amor divino del que nuestra voluntad es pálida imagen, a veces deformada, y deformada porque somos libres de pervertir nuestro amor. Mas, esa libertad es precisamente la nota característica especial de nuestro poder y de nuestra grandeza: Puesto que podemos a nuestro antojo hacer el bien o el mal, somos los dueños de nuestros pensamientos y de nuestros actos; y he aquí un privilegio casi divino. Y esto es lo que da valor a los actos de todas nuestras facultades. La verdad, la sabiduría, las virtudes, la felicidad, tienen que ser adquiridas por cada uno de nosotros para satisfacerlos. Ciertos es que nuestra voluntad por el pecado original, tiene más atractivo hacia el mal que hacia el bien; pero eso nos sirve para acercarnos más a Dios y pedirle su ayuda, lo que hace por el Espíritu Santo que concentra los anhelos de nuestra voluntad en la posesión del Bien que su luz nos enseña, dejándonos sin embargo siempre la facultad de desviar nuestra voluntad de ese Bien, lo que por desgracia hacemos tan seguido.

Pero si nuestra voluntad sigue la dirección recibida terminará por triunfar, será el instrumento de la voluntad divina, asemejándose a su Creador.

Hay que probar el amor que tenemos a nuestra alma manteniéndola siempre en su puesto de conductora y gobernante del cuerpo, y si por desgracia se hace cómplice suya contra su Creador, acudir con humildad hacia ese mismo Creador, confesar su culpa y pedirle su ayuda para serle siempre fiel.

La inmortalidad a que está destinada nuestra alma, y la suprema felicidad que le espera, deben movernos a una profunda gratitud hacia Dios que se digna concederle tan grandes privilegios, y a un verdadero amor hacia nosotros, a quienes Dios ha hecho tan nobles, pero fundiendo este amor con el que le tenemos a El.



## CUARTA PARTE

### AMOR AL PRÓJIMO

#### CAPITULO PRIMERO

#### SENTIDO Y ALCANCE DEL PRECEPTO

"Amarás a tu prójimo como a tí mismo" he aquí el tercer precepto de la caridad. Y ¿quién es el prójimo? San Agustín (*Sermoes 349-9*), nos dice: "Nada está más próximo de un hombre que otro hombre".

En efecto: todos tenemos el mismo origen, todos somos hijos de Adán y Eva e hijos del mismo Dios que nos creó a su imagen y semejanza y por eso nuestra alma es hermana de todas las almas: tenemos parentesco.

Dios nos creó a todos, nos redimió a todos y nos destina a todos a un mismo fin. Este gesto sublime del Salvador, quien sufrió y murió por toda la humanidad, establece entre los miembros de la misma, corrientes misteriosas que unifican sus sentimientos y su vida.

Otra razón de la fraternidad universal es que todos los hombres estamos destinados a la misma eternidad donde las diferencias de fortuna, de inteligencia, de hermosura no existirán ya; sólo gozarán todos de la herencia divina, del reino de Dios.

Admitido que todos los hombres son nuestros hermanos, queda por averiguar si es posible amarlos a todos como a nosotros mismos. San Agustín nos contesta (*De Doctrina Cristiana 1-26*): "Debemos un amor igual a todos los hombres; pero dado que no podéis hacerles el bien a todos, debéis emplearos sobre todo por aqué-

llos que el tiempo y el lugar, o cualquier otra circunstancia, han unido a vosotros de una manera más estrecha”.

La práctica exacta del precepto, aun en este caso es casi imposible si se toma a la letra; es evidente que debemos ir a su espíritu y buscar el principio esencial de que depende. ¿Por qué debemos amarnos? por los eminentes privilegios con que Dios nos ha favorecido. ¿Cómo debemos amarnos? sirviéndonos de nuestro cuerpo y de nuestra alma para glorificar a nuestro Bienhechor. ¿Qué debemos amar, al amarnos? La Realidad Soberana cuya imagen somos.

Amado a Dios, amaremos a todos los hombres puesto que en ellos no debemos amar sino a Dios; “hay dos preceptos pero una sola caridad” nos dice San Agustín comentando el evangelio de San Juan 87-1. El fruto del amor de Dios es el amor del prójimo, el que tenga el primero seguramente llegará al segundo.

Se comprende que el amor del prójimo alimentado por Dios no tenga límites, puesto que Dios es infinito. “Es un sentimiento que crece en el corazón del hombre; a medida que lo pone en práctica, da pruebas de él, y será más profundo mientras mayor sea el número de personas que disfrutan de él”, dice San Agustín (*Sermones 149-1*).

Esta tendencia de la caridad a crecer continuamente nos señala el fin sagrado que persigue: así como Dios nos ha amado hasta unirse con nosotros por la caridad, debemos amar a todos nuestros hermanos hasta unirlos con Dios, sin vacilar ante ningún sacrificio y sirviéndonos de cuantos medios estén a nuestro alcance para obtenerlo.

La actividad de nuestra caridad debe extenderse a toda la humanidad; pero su acción inmediata debe ir hacia aquellos de nuestros hermanos que están en contacto con nosotros, siendo la razón alumbrada por el corazón, quien debe fijar el grado y determinar los matices que nuestra caridad debe llevar para lograr su objeto: unir a todos nuestros hermanos con el Amor, es decir: alcanzar su eterna salvación.

## CAPITULO SEGUNDO

### EL AMOR A LA FAMILIA

La familia es el primer campo de acción exterior de la caridad en primer lugar porque sus miembros constituyen unos para con otros el prójimo más cercano; y después, porque el amor que los une es de todos los amores, el que realiza lo más perfectamente posible el don de la persona humana, y por consiguiente se presta mejor a la expansión de la caridad.

La unión de los esposos ha existido desde que Dios los creó el uno para el otro; todo, aun después del pecado, ha sido común: alegrías, penas, esperanzas, responsabilidad, y cuando esta unión se había profanado, Cristo vino a declararla indisoluble, a elevarla a la dignidad de sacramento dándole por su gracia lo necesario para ser un **centro de caridad**. El ejemplo que dió de la medida del amor que el esposo debe tener por su esposa, fue el que tiene el mismo Jesucristo para su Iglesia.

Ese amor debe ser casto, fiel, delicado, profundo, santo, eso nos dice San Agustín comentando las epístolas de San Pablo. “Que si los esposos sienten placer, no apeguen a él su corazón, sino que lo consideren como medio necesario para llegar a ser colaboradores de Dios en su obra creadora; y de esta manera será muy santo y muy puro”.

El esposo, por derecho de naturaleza, es el jefe del hogar y debe mandar. “Si es natural que una sola persona pueda mandar a varias, mucho más fácilmente que el que varias manden a una sola, es indudable también que según el orden de la naturaleza el hombre debe mandar a la mujer y no ésta a aquél” dice San Agustín (*De Civitate V-19*).

Pero ese privilegio de ser jefe, trae al individuo un conjunto de deberes para el cumplimiento de los cuales la caridad presta una gran ayuda a la naturaleza.

La caridad recuerda al padre que su autoridad le viene de Dios, y que por lo tanto debe conformarla con la voluntad divina; que esta voluntad proscribe, sobre todo en la intimidad del hogar, el espíritu de dominio y de tiranía; en fin, que su mando debe consistir en procurar el bien de los suyos, mostrándoles su interés, por el olvido de sí mismo. Es su primer deber; ya lo dice San Agustín (*De Civitate XIX-14*). "Aquel que no cuida de los suyos es un apóstata, peor que un infiel". Lo propio de la autoridad debe ser el velar por el interés de los demás, pues no debe mandar por la pasión de dominar, ni por el orgullo de tener la primacía, sino por el deber de la misericordia.

El que manda debe tener en cuenta la diferencia de temperamento, las oposiciones de carácter, etc. El esposo debe pensar en la debilidad de la esposa y en esa extremada delicadeza que hace que una nada la hiera, la entristezca. Debe pensar que más que su socia o compañera es la mitad de su alma y de su vida y por lo tanto debe ser su confidente, su consejera. Sería muy imprudente y desacertado el esposo que tuviera a su esposa al margen de sus negocios, de sus afanes por conservar y acrecentar el patrimonio de sus hijos; al contrario debe participarle sus proyectos, tomar en cuenta sus consejos y animarse en sus decisiones con el calor de su cariñoso corazón; porque si él es el jefe del hogar ella es el guardián y si la falta de confianza de parte del esposo la redujera al puro trabajo material, pronto dejaría apagar al mismo tiempo que su amor esa llama del hogar que le está confiada. Como nadie es perfecto en esta vida, la esposa tendrá defectos físicos y morales, podrá sobrevenir la enfermedad, y la caridad pide que el esposo le tenga paciencia y aumente si es posible su cariño por ella en sus enfermedades, en sus tristezas, en todas sus penas para consolarla y ayudarle a triunfar de sus debilidades.

Por su parte la esposa cumplirá siempre con sus deberes si es dócil a la impulsión de la voz de la gracia. Son tan nobles y tan grandes como los del esposo; pues tan noble es obedecer como man-

dar y tan grande sacrificarse con la sonrisa en los labios, como abnegarse con energía.

Un resumen admirable de los deberes de la mujer cristiana y de la manera exquisita de cumplirlos de acuerdo con la caridad, lo tenemos en la Epístola de San Pedro (*III-1*). "Esposas, sed sumisas a vuestro esposo para que si hay esposos que no creen en la palabra divina, sean ganados por la conducta silenciosa de sus esposas, viendo la pureza de sus costumbres y su tímido respeto. Que vuestro adorno no consista ni en los rizos de vuestro cabello, ni en las alhajas de oro, ni en la elegancia de telas, sino que resida en el hombre interior que vive en el fondo de vuestro corazón; es decir, en la pureza incorruptible de un alma modesta y tranquila. He aquí el más precioso ornato, a los ojos de Dios; así se adornaban antes las santas mujeres; obedecían a sus esposos poniendo su esperanza en Dios".

La obediencia de la esposa debe ser el fruto de su amor; debe mostrar a su esposo plena confianza, adivinar y satisfacer sus menores deseos, para que viendo él que la obediencia de su esposa es el emblema de su amor, se conmueva, y la alegría de sentirse tan amado haga que poco a poco llegue a hacer menos lo que él quiere, que lo que ella desea. San Agustín (*Confesiones IX-19*), nos da, hablando de su madre, datos hermosísimos del triunfo de su amor sobre su esposo, para acercarlo a Dios.

En el seno de la familia todo debe y puede ser arma para conquistar los corazones, si se observa la caridad; el arreglo personal, en cierta medida, agrada al esposo; la dulzura en la voz calma sus nervios, disipa sus prevenciones; el ingenio, el tacto, la virtud, hacen del hogar un dulce nido del que el esposo se aparta con tristeza y al que ansia volver para gozar de ternura, de comprensión, de consuelo en las mil angustias y penas que le proporcionan sus negocios. ¡Qué alegría, qué ánimo le da saber que es esperado con cariño, que su esposa suspira por su llegada! La felicidad que ambos sienten al verse es la señal inequívoca de su perfecta unión.

Siendo esta felicidad el mayor tesoro de la esposa, ésta debe poner todo su empeño en no perderla.

Los hijos son la alegría y la sonrisa del hogar; están llamados a desempeñar un gran papel en la felicidad de sus padres, con tal

de que éstos sepan cumplir con los deberes que la caridad les impone. En efecto, si se les consiente, se favorece su inclinación a la desobediencia, a la falta de respeto, a un carácter egoísta que más tarde hará su desgracia. Esto sería una desviación del amor; pues en vez de preparar a los hijos para entrar en la vida con intenciones rectas, costumbres sanas, e impulsos generosos, se echa a perder su corazón y se pervierte su carácter. Hay una desviación más peligrosa aún: disputarse a los hijos, querer el padre o la madre ser "el único" en el cariño del niño, en su educación, etc., llega un momento en que el amor de esos seres, hecho para fundir los corazones de sus padres, los yergue uno frente a otro como dos enemigos.

En esto más que en nada debe haber perfecta armonía entre los esposos para evitar terribles desastres.

La caridad tiene una tendencia invencible a derramarse y sobre quién mejor que sobre de sus hijos pueden los padres cristianos imprimir el amor de sus corazones. Si, sus hijos son el fruto de su amor; están marcados en su sangre, en su alma con ese signo misterioso, están destinados a continuar la raza y la vida; pero, ante todo, a ser los apóstoles de la caridad por el mundo. Obligación nobilísima y de gran trascendencia es el llenar de ella sus almas. No será siempre fácil; el mismo San Agustín (**Confesiones II-3**), nos habla con sollozos por no haber seguido los consejos de su madre; el mundo con sus engañosas seducciones halaga más a la juventud que las sanas alegrías del hogar, pero los padres no deben vacilar usando del convencimiento, esperando a veces, amenazando otras, castigando algunas, y siempre orando con confianza para lograr que sus hijos vayan por el camino del deber hacia Dios que se dignó dárselos y que será el Maestro interior de sus corazones y pondrá en ellos todas las virtudes necesarias para cumplir su misión: extender el reino de Dios sobre la tierra, para después gozar de su gloria.

Los padres tienen derecho de gozar de sus hijos, pero como un depósito que deberán devolver y del que son responsables. San Agustín nos lo dice (**Sermones 354-2**). "Para Dios y no para ellos deben los padres amar a sus hijos". No les está prohibido complacerse en su presencia, desear sus caricias, sentir un gran deleite al verlos sanos, hermosos, amantes, virtuosos. Mas, si son el objeto

de su vida, no son el de su eternidad; su amor debe arrastrarlos hacia Aquél que reclama para sí el don total del corazón.

Por otra parte, la ternura de los hijos para sus padres nunca será bastante; debiéndoles todo, es muy justo que les reserven un lugar de preferencia en el rincón más cariñoso de su alma, pero no el primero.

Alguien merece el primer lugar; pero ese Alguien no es exclusivo, los padres pueden tener la seguridad de que el cariño de sus hijos hacia ellos aumentará en la medida en que crezca en sus corazones el amor de Dios.

Santa Mónica pudo dar fe de esta verdad, la oímos (**Confesiones IX-10**). "Hijo mío, nada hay ya que me detenga en esta vida, he visto realizarse mis esperanzas, os veo cristiano".

## CAPITULO TERCERO

### EL AMOR A LA CIUDAD

“La unión del hombre con la mujer es el centro generador de la ciudad”, (San Agustín *De Civitate XV-16*), de aquí que la vida cívica siendo la prolongación de la vida familiar, la caridad doméstica debe extenderse al Estado. Pero naturalmente mientras más se extiende encuentra más obstáculos en su camino. La diversidad de los temperamentos, la oposición de los intereses, la competencia entre los partidos, multiplican los gérmenes de división en el organismo político. Esta palabra: “Los enemigos del hombre, son los habitantes de su casa”, no puede oírse sin terror; si el hogar no está seguro, ¿qué pensar de la ciudad? “Mientras más grande es, más llenos están sus tribunales de causas civiles y criminales; y aun cuando los escándalos públicos se conjuran, y las revoluciones sangrientas duermen, siempre debe temerlos”. San Agustín (*De Civitate XIX-5*).

La caridad tendrá muchísimo que luchar para imponerse en la ciudad; pues la política no conoce más virtud que la fuerza; y ésta, no en el sentido espiritual. En cuanto al amor, lo desecha so pretexto de que debilita su autoridad.

Que el Estado deba ser fuerte, no cabe duda; ya lo decía San Agustín (*De Civitate XIX-19*), “pues hay que serlo para gobernar”. Pero por fuerte que sea la autoridad, no es propiedad de los que la representan, sino que les viene del Dueño absoluto del Universo; si cometen el error de atribuírsela, dejarán de considerarla como un depósito del que son responsables y será una usurpación que los llevará poco a poco a la tiranía.

Los filósofos, con Cicerón, vieron ese peligro y exigieron que la fuerza siempre estuviera al servicio de la justicia. Esto sería excelente si la justicia fuera tal, pero vemos que la política, muy frecuentemente tiene la pretensión de crearla, sacándola de la voluntad de los príncipes, del capricho de las muchedumbres, etc., tomando la justicia el tamaño de los intereses personales y volviéndose muchas veces iniquidad. Pero ni la tiranía, ni la iniquidad hacen la felicidad de los pueblos; para lograrla, los gobernantes deben considerarse como mandatarios de Dios y ejecutores de su voluntad que no es, más que la ley del amor.

Un jefe de Estado debe amar a todos sus súbditos no para adquirir mayor popularidad, sino para hacerlos objeto de sus beneficios; no debe enorgullecerse por las adulaciones, ni por las bajezas de que lo rodean; debe preferir a su reinado la posesión del reino espiritual, dominarse en los placeres, etc. Si observa la caridad se olvidará de sí mismo para darse a sus súbditos. Su autoridad no será ni rígida, ni altanera, pues recordará que es hombre y que sus sujetos son hermanos en Jesucristo; mientras más bueno sea, más crecerá su prestigio. Sus leyes tendrán por objeto el interés general de la nación y lejos de crearlas perfectas se esmerará por estudiar la manera de hacerlas más justas. Sus juicios serán sabios y firmes, dándolos no tanto para castigar al culpable, sino para asegurar la tranquilidad pública; sus castigos llevarán siempre el signo de la misericordia para ganar el alma del culpable. San Agustín dice (*De Ordine* 20, 65), que "ya Pitágoras pedía para los magistrados una sabiduría casi divina".

Los jefes de Estado deben trabajar por los intereses materiales de sus súbditos al mismo tiempo que por sus intereses espirituales, ésta será la verdadera caridad.

A su vez los súbditos deben hacer de la caridad, el principio de sus actos efícos y de su obediencia, que es condición vital del Estado, así como lo es el buen mando.

Hay en efecto muchas maneras de obedecer, que en el fondo no son sino indisciplina disfrazada; pero el que tiene verdadera caridad obedece a sus jefes no sólo porque la ley lo exige, sino porque los ama y porque a través de su autoridad perecedera, su corazón va a buscar al Dios cuyos ministros son. Hay que obedecer.

los no por temor, sino por conciencia, con cariño basado en la Autoridad que representan.

No basta el obedecer a sus jefes, hay que colaborar con ellos al buen orden, a la prosperidad de la ciudad, sin que esto signifique una ingerencia directa en sus asuntos, lo cual sería una molesta indiscreción; pero ¡hay tantas ocasiones de ayudar! Una manera muy eficaz es la influencia sobre los que nos rodean.

Los desórdenes públicos no existirían si cada ciudadano se aplicara en su alrededor a evitarlos.

**Este sería un gran servicio;** pues en todas las ciudades hay centros de descontento que el gobierno ignora y que al estallar tiene que reprimir por la sola fuerza bruta. Más vale prevenir que tener que castigar y ésto lo consigue casi siempre aquél en cuyo corazón arde ese fuego del apostolado.

Un ejemplo nos da de eso San Agustín hablando de la "cateriva" que logró suspender en Cesarea y Mauritania.

Esta colaboración con la autoridad debe ser general, pues el Estado no es una suma de individuos aislados, sino una gran familia en que las almas están tan ligadas como los intereses, y necesitan estarlo para vivir todas unidas; los romanos lo comprendieron; y, para obtenerlo, elevaron un templo a la Concordia.

"Cicerón en su República compara la vida de la ciudad a un concierto de instrumentos en donde todos los sonidos se armonizan, se conjugan, se funden para obtener la misma melodía", dice San Agustín (*De Civitate* II-21). Que cada ciudadano desempeñe el papel que le está destinado, dónde, cómo y cuándo debe y se obtendrá la concordia, que consiste en no hacer ningún daño, no violar ningún derecho, ni estorbar ninguna libertad; en general, hacerse útil a todos; y sobre todo, llegar a la armonía completa de las voluntades, coordinando las energías, dirigiéndolas hacia el interés nacional.

El que la acción de las voluntades sea convergente supone, evidentemente, un ideal común que arrastre a las almas, excite en ellas la emulación y exalte su anhelo de sacrificio. Mientras más bello y elevado sea el ideal, más sólida será la concordia. La unión que nace en lo más íntimo de las almas "concordissima" y que es la realización más perfecta del orden, conduce a la paz, pero a la ver-

dadera, a la profunda, a la sola que merece ese nombre. Alumbrándose en la hoguera de la caridad, el amor de los ciudadanos por su país, llega a su más alta perfección.

La patria no es solamente una porción de tierra, una administración, un ejército; es un alma que vive, con sus tradiciones, sus glorias y sus duelos, en cada uno de sus hijos. Las instituciones se transforman... desaparecen; ella perdura. Debemos amarla no como un símbolo que se ve en los pliegues de una bandera, sino como una realidad que tiene la misma vida que nosotros; amarla con toda nuestra alma sin rehusarle ningún sacrificio, ni el de la vida, prefiriendo sus intereses a los nuestros, colocándola muy alto en nuestro cariño, pues si no es nuestro fin, ocupa un puesto muy cercano al de Dios.

El patriotismo es un deber natural, y se puede amar a la patria con verdadera pasión, sin ser cristiano; pero no cabe duda que la caridad lo purifica despojándolo de aquello que lo puede desviar: exaltación del sentimiento nacional, odio hacia las naciones enemigas, excesiva desconfianza de los pueblos vecinos, manía de conquistar.

Amar verdaderamente a su patria es quererla hermosa, llena de prosperidad, sin guerras, ni revoluciones; pero, sobre todo, ayudar a lograr su felicidad. El amor a la Patria no consiste en ruidosas manifestaciones o discursos entusiastas, sino en esa vida obscura, llena de pequeños sacrificios y secretos esfuerzos para lograr nuestra propia perfección y la de nuestros conciudadanos.

He aquí lo que hace a una ciudad verdaderamente poderosa y floreciente. Así, el amor de Dios santificando nuestra vida de hombres, fecunda la de ciudadanos extendiendo su acción vivificadora sobre todas las instituciones de nuestra patria.

¡Qué doctrina filosófica, qué leyes, de qué nación pueden compararse con el mandato de Cristo "amarás a tu prójimo como a tí mismo", en su eficacia para obtener el verdadero engrandecimiento de la Patria!

todo cristiano deba seguir el consejo evangélico; pues comprende que para sostener un hogar, trabajar la tierra, explotar una empresa, pagar los impuestos al Estado, etc., se necesita disponer de un capital, sólo exige una parte de él para los pobres. Hasta los mismos fariseos daban el diezmo para ellos. La ley de amor no se conforma con una justicia estricta, hecha para los corazones ruines. La caridad no calcula, no se atiene a determinada cifra; ve que el pobre tiene hambre, tiene frío, está enfermo... y pone toda su generosidad para remediar cada una de esas necesidades.

Amar al prójimo como a nosotros mismos es quererlo sano de cuerpo y de espíritu, feliz de vivir al abrigo de los sufrimientos que desesperan, de los rencores y envidias que roen el corazón. El hombre que quiere, es esto, no pone límite a sus sacrificios, guarda para sí los recursos indispensables, según su rango social y da a los pobres el resto.

Dar no es todo, el acto de caridad consiste sobre todo en el sentimiento que lo inspira más que en el movimiento material. Si se hace con enfado, o por deseo de ser alabado, puede aliviar, puede consolar, puede con su oro remediar una miseria exterior, pero sólo el amor es el que da a la limosna su verdadero valor.

El acto de verdadera caridad suprime las distancias que nos separan del pobre quien quizá, por la hermosura de su alma, nos es muy superior, ejemplo terrible de ésto nos da el Evangelio del pobre Lázaro y el rico, malo.

Aquel pobre no valía nada a los ojos del mundo y era de gran mérito para Dios. Qué lección para nosotros quienes tal vez nos juzgamos superiores que aquellos a quienes asistimos. ¡Ojalá que no hubiera ni enfermos ni pobres!; tendríamos la gran alegría de ser todos iguales ante la felicidad, nos amaríamos sin tristezas, nuestra caridad no cambiaría su espiritualidad, materializándose bajo la forma de una pieza de oro, o de un mendrugo de pan.

La caridad debe ir a buscar al pobre corazón que late bajo los andrajos para darle el don precioso de "su amor" dice San Agustín (*Sermones 14-5*), así la limosna se transfigura, ya no sólo es mensajera de misericordia y de bienestar, sino la luz que ilumina a las almas adoloridas, el calor que anima, da valor, devuelve el gusto de vivir y hace renacer la esperanza.

## CAPITULO CUARTO

### EL AMOR A LOS POBRES

Hay en toda ciudad cierto número de individuos a quienes la vida parece rehusar todo medio de subsistencia. Es un hecho doloroso, pero que la sabiduría de Dios permite para probar la de los hombres, dándoles ocasión de ejercer su caridad.

Por eso se recomienda a todos los que poseen, consideren a los pobres como a los miembros más queridos de la familia social y reserven para ellos un tierno amor fraterno. Aquí, como en todos los problemas de la vida colectiva, la justicia es la base del amor, estableciendo los derechos de la miseria, para derivar de ellos los deberes de la caridad. ¿Qué son, en efecto, los bienes de este mundo? Se cree que pertenecen a su propietario quien a su gusto puede usar y abusar de ellos; ¡error! son tan sólo de Dios, quien los ha distribuido a los buenos y a los malos, dejando a las leyes humanas el cuidado de establecer su fundamento jurídico, así como su transmisión; pero, conservando su soberano derecho sobre ellos. S. Agustín (Sermones 50-3), decía "no son verdaderas riquezas, ni son vuestras, non sunt divitiae verae nec vestrae". Es un depósito; los beneficiarios de él tendrán que responder. ¿Por qué vacilar en dar al pobre lo que pertenece a Dios? ¿porqué enorgullecerse al dar lo que no nos pertenece?

Todas las riquezas están gravadas con una hipoteca en favor de la miseria humana, y nadie debe rehusar su pago.

¿Qué parte de su fortuna debe cada hombre consagrar a los pobres?

San Agustín no exige como lo pretendían los Maniqueos que

Si, por la fortuna y la condición social el pobre no es igual a tí, hazle la caridad pensando que al darle tu oro y tu corazón, se los das al mismo Jesucristo Nuestro Señor; (Ev. Mat. 23-34) y que El quiso ser de su raza, nacer en un pesebre, compartir todas sus miserias, para probar a los Hombres la elevación de la pobreza.

Cristo sufre; y nosotros que hemos recibido tanto de su Padre ¿le rehusaríamos nuestra ayuda? ¡Qué ingratitud más negra sería esa! no, no podríamos decir entonces que amamos a nuestro prójimo.

Puesto que la limosna es hecha a Cristo, el acto de amor que simboliza es sagrado; no es el don humano de un alma feliz a la que sufre, sino el tierno ofrecimiento de nuestro corazón al Corazón divino.

Apliquémonos pues y pidamos a Dios nos haga comprender mejor cada día esa presencia de Jesús en los pobres, esto nos llevará a practicar en su plenitud terrestre el amor de Dios y el amor del prójimo, y por lo mismo a realizar nuestra salvación.

San Agustín les dice al rico y al pobre: "llevad vuestras cargas juntos, y, a ambos, os parecerán más ligeras".



Un medio más eficaz para salvarla es el ayudarle en secreto a llevar su cruz; no imputándonos sus faltas, cosa imposible, pero sufriendo algo, imponiéndonos sacrificios para repararlas, a imitación de Cristo, quien tomó sobre sí todos nuestros pecados para satisfacer por ellos. Y qué mejor recompensa que el obtener que esas almas oigan un día la misericordia divina que les dice: "Venid a mí los que estáis fatigados de vuestras cargas, y yo os aliviaré". (Evang. de **San Juan**, in fine).

Pero... si este medio repugna a nuestra cobardía tenemos otro también muy eficaz y menos costoso: **la oración**; esá que Cristo nos enseñó "Et dimitte nobis, debita nostra" y que sin ningún poder en nosotros, unida a la Suya, a la de nuestro Jefe, obtiene un poder de purificación extraordinario que alcanzará seguramente el regreso de las ovejas descarriadas al redil del Buen Pastor quien las abrazará con infinita ternura.

### LOS CRIMINALES

Los criminales se distinguen de los simples pecadores en que violan a la vez la moral y la ley, perjudicando a la sociedad públicamente, por lo cual reciben de los magistrados un severo castigo. La caridad no debe disputarlos a la justicia, que ordena se castigue a los culpables; pero tiene un papel, y muy importante, que desempeñar en las diversas etapas: desde el descubrimiento del crimen hasta la ejecución del juicio.

En primer lugar, suplica al juez no aplicar tormento al criminal, recordando que los acusados son hombres que llevan, aunque envilecida, la imagen de Dios y que esta dignidad soberana exige el respeto de su alma y de su cuerpo.

Después, recuerda al juez la responsabilidad terrible que va a adquirir al pronunciar la sentencia. En efecto, nos dice San Agustín (de **Civitate XIX-6**), "hay juicios lamentables"... todo se conoce, excepto la conciencia del culpable, y es en ella, y sólo en ella donde se elaboran los proyectos criminales. Para ser justo se necesitaría medir con toda precisión los móviles, el grado de libertad... todos los factores de la culpabilidad, lo cual sobrepasa muchas veces la psicología del juez; por lo que generalmente la responsabilidad se aplica a la materialidad de la falta.

## CAPITULO QUINTO

### AMOR A LOS PECADORES, LOS CONDENADOS, LOS HEREJES

La caridad no se concreta a las miserias materiales, con el mismo impulso llega a las morales y a las espirituales. Debemos interesarnos por nuestros conciudadanos cuyas taras morales, crímenes degradantes, o rebeldía anárquica de su espíritu, ponen en peligro de condenarse.

#### LOS PECADORES

Amar a los pecadores parece insensato pues ¿no son los enemigos de Dios, la lepra invisible y por lo mismo más peligrosa de la sociedad? Hay que distinguir el pecado del pecador; el primero es siempre despreciable a pesar de sus atractivos; el 2o. lleva siempre la posibilidad de rehabilitarse; mientras hay vida, hay esperanza, y por lo tanto es digno de interés. Debemos amarlo justamente para que pueda llegar a esa rehabilitación, y en esto como en todo, Dios nos dió el ejemplo. ¿Qué conducta tuvo con los pecadores? ¿Quién hay capaz de decirse sin pecado? a todos, pues, Cristo nos redimió, y con qué sufrimientos, con qué empeño busca al pecador que se aparta de El, en verdad podríamos decir: estábamos perdidos sin remedio si Dios no nos hubiera venido a buscar. Por eso debemos esforzarnos por salvar a nuestros hermanos caídos. Debemos tener confianza en su conversión por grandes que sean sus faltas, pues Dios todo lo puede.

Nada debemos omitir para obtener su regreso al buen camino; tal vez ante nuestra insistencia, protestarán con vehemencia contra nosotros, pero hay que recordar que el enfermo, en el delirio de su fiebre, hace otro tanto, y no por eso se retira el médico, ni le suspende las medicinas.

Por eso la caridad pide al juez llene con misericordia los vacíos de su información y piense al sentenciar menos en castigar al culpable y más en la posibilidad de su rehabilitación. Qué distinto obrarían muchos jueces si pensarán en estas palabras de Jesús a la mujer adúltera: "Nadie os ha condenado, yo tampoco os condeno id y no pequéis más. (San Juan VIII-11)". El amor hace más humano al juez, hace que comprenda mejor al hombre y que pueda discernir más claramente su culpabilidad. "Tratad de instruirlos más ob vos que juzgáis la tierra".

"Amad primero, y después juzgad" dice San Agustín (Sermones 13-8).

La caridad pide al juez, que aun cuando la culpabilidad sea segura, deje la vida al reo para darle la posibilidad del arrepentimiento. La vida pertenece a Dios, sólo El tiene el derecho de quitarla; por amor a ese Dios debe el juez dar tiempo al culpable de prepararse por la penitencia al juicio del único Juez infalible y cuya sentencia es eterna.

Por fin, la caridad trata de llevar al pobre condenado a la resignación y muchas veces a la humilde aceptación de su castigo como reparación de sus culpas y a veces, a una perfecta rehabilitación interior.

#### LOS HEREJES

La característica de los herejes es la tenacidad con que sostienen sus errores, y que excita querellas tan violentas, y odios tan profundos. Las enemistades religiosas han sido siempre las más agudas y las más amargas, porque el sentimiento religioso tiene una gran influencia en el alma, y tiende constantemente a dominar. Cuando la razón y la fe encauzan sus energías llega al heroísmo, más si por desgracia repudia su control, se vuelve apasionado y convierte al alma que fanatiza en un foco de anarquía.

Si el hereje tiene personalidad, influencia sobre sus semejantes, atrae a los descontentos, a los espíritus razonadores, ávidos de toda novedad y enciende en ellos un entusiasmo a veces más ardiente que el suyo. Estos fanáticos se esparcen por todas partes difundiendo su doctrina y exagerándola o modificándola a su antojo,

llegando a arrastrar a las multitudes que, desenfrenadas, pillan, queman, matan, van hasta los peores excesos, bajo el pretexto de defender "la verdad".

Según S. Agustín todo ciudadano tiene el deber de combatir al hereje puesto que amenaza la fe y destruye la disciplina, incapacitándose para la salvación eterna. S. Agustín (*Sermones 233-1*) dice: "Si ese escándalo, ese triunfo del demonio, esa pérdida de tantas almas puede, por nuestra sabiduría, por nuestra prudencia, por el amor que debemos a Aquél que derramó su sangre por nosotros, ser evitada en esa región, ¡qué palabras podrán expresar la palma que el Señor nos reserva!"

Pero... combatir es herir y eso exaspera al que recibe los golpes. Sí, si la fuerza con que se combate la doctrina, se vuelve violencia contra la persona; no, si se trata al hereje con la ternura de un hermano, sin dejar por eso de detestar su doctrina.

Mas, el hereje es sospechoso, desconfiado, susceptible al exceso... ¡cómo probarle nuestro cariño fraternal!

La caridad debe ante todo ser paciente, aguantar los desprecios y multiplicar las pruebas de su ternura, confiada en que llegará la hora bendita de la conversión "Reconozco, respeto y amo en vuestra alma el nombre de Cristo" escribía S. Agustín a su peor enemigo (Epístola 61-2).

A veces la intervención del Estado es necesaria. La caridad le pide que espere a que la persuasión agote sus medios. Si la amenaza del Estado basta para que el hereje vuelva al buen camino, entonces es cuando la caridad debe esmerarse en que ese regreso sea sincero, abriendo de par en par las puertas del corazón de la Iglesia. El hereje vuelve al seno de la familia, pero tímido, temeroso, hay que mostrarle más que nunca nuestro cariño y el regocijo que su regreso causa a toda la familia, cuyo afecto ha crecido precisamente a causa de su separación.

## CAPITULO SEXTO

### EL AMOR A LOS ENEMIGOS

Esta es la prueba suprema, el último esfuerzo de la caridad: amar a nuestros enemigos.

En efecto: amar a nuestros padres, y a nuestros conciudadanos es dulce y fácil; amar a los pobres y a los pecadores responde plenamente a la piedad natural de nuestras almas, pero... ¡a nuestros enemigos!

Nuestros enemigos, aquéllos que nos procuran toda clase de males, que dañan nuestra reputación, que gozan con humillarnos... ¡es posible amarlos!

La naturaleza protesta, reclamando aplicación estricta a la ley del talión. Y... al parecer, no sólo es la voz de la naturaleza, sino también la de la justicia, puesto que Moisés escribió por orden de Dios: "Ojo por ojo, diente por diente". Esto, por rígido que parezca, es ya un gran progreso sobre la justicia de los primeros hombres quienes para vengar la menor ofensa no escuchaban más voz que la de su instinto y llegaban a los peores excesos. La autoridad divina da un primer paso en el camino de la justicia exigiendo la igualdad entre el mal recibido y su reparación; y, poco a poco encamina la conciencia hacia el perdón, para llevarla hasta la práctica sublime del precepto divino que leemos en el *Ev. de S. Mateo (V-44)* "Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen y rogad a Dios por los que os persiguen".

S. Agustín hablando de este precepto dice: (*Sermones 317-1*) "grave praeceptum". Siente cuán amargas son estas palabras y cuán difícil su aplicación. Pero la ley es formal e inexorable, hay que acatarla cueste lo que cueste.

Examinemos el mandato, quizá se haga más llevadero.

Dios Padre nos da cada día un ejemplo palpable de ese perdón haciendo incidir el sol para los buenos y para los malos, derramando su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores.

Su hijo perdonó a sus verdugos derramando su sangre divina para lavarlos de su crimen.

Tal vez nuestra cobardía nos dirá "Jesucristo era Dios, tú... un pobre hombre". Oigamos a S. Esteban al recibir las pedradas que le causaron la muerte "Señor, no les imputéis este pecado". S. Agustín (*Sermones 317-5, Actos. VII-56*). La gracia de Dios que sostuvo a S. Esteban en tan duro combate sostendrá nuestra generosidad vacilante y la llevará hasta el perdón.

Por otra parte, y este deber ser el motivo más decisivo, el sacrificio de nuestros rencores y de nuestras venganzas es necesario para nuestra justificación.

Todos somos pecadores y no nos salvaremos sin el perdón de nuestras faltas; por eso cada día lo pedimos a Dios. El mismo se ha dignado enseñarnos la oración irresistible para su corazón "Perdonadnos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". "Esta oración no tan sólo es un acto de piedad, sino un riguroso contrato" dice S. Agustín (*Sermones 56-13*) y este contrato bilateral comprende dos partes dependientes una de la otra "Dimitte, dimitto"; perdonad, porque yo perdono, de tal manera que si se falta a la 2a., la primera pierde su razón de ser; si no perdonamos sus deudas a nuestros enemigos, Dios no nos perdonará las nuestras y nos dirá con toda justicia "¿Por qué me pedis que haga lo que prometí si no hacéis lo que mandé?" "¿Qué os prometí? —perdonar vuestras deudas; y, ¿qué os mandé?— que perdonárais a vuestros deudores. Más, —¿cómo podréis hacerlo si no amáis a vuestros enemigos!—

El perdón de las injurias es la primera etapa de la caridad; tiene para nosotros la gran ventaja de purificar nuestra conciencia y de adiestrarnos para la lucha contra nuestro enemigo más terrible: el demonio, por el combate y el triunfo sobre nuestros resentimientos.

Si fuéramos estoicos el perdón bastaría: olvidáramos el mal que nos hizo nuestro enemigo; no nos opondríamos más a sus ata-

ques, resguardáramos nuestro corazón bajo una coraza de indiferencia e impasibilidad.

Ahora bien, siendo cristianos la caridad nos pide ir más lejos y obtener de Dios no sólo nuestro perdón, sino pedirle con empeño el de nuestros enemigos: "Rogad por los que os persiguen" (*Mat. V.44*).

Esta oración será más fácil si pensamos en el tormento que debe sentir nuestro enemigo, devorado por la envidia, y sobre todo... en peligro inminente de condenarse. Se necesitaría no tener nada o muy poco de psicólogo para no comprenderlo y muy poco de cristiano para no compadecernos de él.

Decid a Dios en vuestra oración, dice S. Agustín (*Sermones 211-5*) "Señor, tú sabes que no soy yo el culpable sino él quien me ofendió... te ruego lo perdones".

Tal vez nuestro ruego le obtenga el perdón, como el de Cristo en la cruz nos lo alcanzó a nosotros; por lo menos, poco a poco nos reconciliamos con él, sentimos menos repulsión al verlo, el mal que nos hizo, parece disminuir, nuestro enemigo nos interesa, la enemistad ha purificado nuestro corazón.

El mal de que nos quejábamos se ha transfigurado en bien, ha hermoestado nuestras almas, y se lo debemos a aquél que ayer maldecíamos. No es pues un enemigo sino un bienhechor, un amigo ignorado, un hermano que ahora más que nunca merece nuestro cariño y agradecimiento.

Puesto que nuestro enemigo es nuestro hermano, no basta renunciar por él, hay que tenderle la mano, y compartir con él todos los bienes a que aspiramos; es la orden de Cristo "Bene facite his qui oderunt vos". Exige almas verdaderamente grandes y espirituales dice San Agustín en su *Sermones 56-15*. Tal vez nos tomarán por idiotas, despreciarán nuestros esfuerzos. Hay que tener, en efecto una gran prudencia. Seguramente no hay que ir a pedir perdón habiendo sido uno el ofendido; hay que procurar un acercamiento, para dar la ocasión de que se nos pida el perdón, sirviéndose de intermediarios pacíficos que hagan al enemigo justos reproches y lo decidan a implorar el perdón.

Ojalá y desde luego se obtenga la reconciliación; más, si así no fuese, no hay que perder la esperanza, hacédle saber que deseáis ardientemente volver a ser su amigo; las buenas acciones que tengáis

para con él lo obligarán a reflexionar, a arrepentirse de su odio, a avergonzarse e irritarse contra sí mismo por haber ofendido a quien tan bueno es para él y poco a poco volverá hacia vos.

Hay que desear al enemigo los bienes aunque efímeros de esta vida, como los debemos desear para nosotros, es decir en la medida en que nos sean provechosos, y sirvan para nuestra felicidad; pero es mejor elevarlo con nosotros por encima de estos bienes perecederos y de impulsarlo a la conquista de los eternos.

Es la mayor prueba de ternura que podemos darle; mientras más nos odiaba, más perdía el derecho a la felicidad eterna. El único objeto de nuestra vida es el de ir a estar un día cerca de Dios, que dicha la de ver a nuestro lado al que fué nuestro dolor y nuestra amargura.

Será nuestra sublime venganza el darle, después nuestro perdón, nuestras oraciones, nuestros beneficios y nuestro amor de hombre, el amor infinito de Dios.

No se llega a esta altura de abnegación sin dificultad y sin sufrimiento; el camino que a ella conduce es parecido a la subida del calvario donde Cristo derramó su sangre y conquistó el cielo para sus enemigos. No se puede llegar allí sino compartiendo la gran misericordia y el sacrificio de la Pasión, pues hay que amar a Dios con toda el alma y unirse íntimamente a Él para poder, a ejemplo suyo, amar sin reserva a nuestros enemigos.

Por eso este amor es la cumbre de la caridad. Las diferentes aplicaciones que hemos estudiado del "dilige proximum tuum sicut teipsum" nos han descubierto la incomparable riqueza de esta virtud; pero su mejor tesoro, su forma más exquisita, su perfección, es el amor a los enemigos.

## CONCLUSION:

Muchos autores emplean la palabra amor como sinónimo de Caridad. La palabra CARIDAD, amor de caridad, es, en la filosofía de San Agustín como en la doctrina de San Pablo, algo muy distinto del amor puramente humano, y más distinto todavía del amor que es: la tendencia instintiva de un ser dotado de sensibilidad y arrastrado inexorablemente por la fuerza de sus pasiones naturales.

La palabra CARIDAD es esencialmente cristiana, y darle otro contenido fuera del contenido cristiano, es vaciarla de su contenido propio y atribuirle un significado nuevo.

Algunos filósofos sostienen que la caridad es el culto del ideal del YO. Otros que es la filantropía universal. Es la resultante del resentimiento acumulado por la historia y aumentado por la tradición. Es una señal de vida descendente. Es una debilidad.

Todas estas afirmaciones, diametralmente opuestas al concepto cristiano de la caridad, son absolutamente inconciliables con la doctrina Paulina y Agustiniiana.

La Caridad: El culto del Yo ideal.

No podemos negar que el fin secundario de la caridad es la mayor perfección a que puede elevarse un hombre, ya que la caridad realiza aquella perfecta armonía entre Dios y lo creado que acerca al hombre a su Principio y ordena todas las cosas con relación a ese Principio, que es la primera condición del orden en las cosas creadas y el único camino de la felicidad compatible con nuestra naturaleza.

Si tal fuera el significado de esas palabras, "El culto del ideal del yo", no vacilaría en decir que están con San Agustín y que efectivamente nos hablan de caridad. Pero ese YO, en su sentir,

es un círculo elevado a la dignidad de un ídolo. El yo, no es ya el hombre en su ser propio, es un fin, es un centro de la vida humana, centro independiente, con el fin de realizar un ideal más o menos caprichoso y no el ideal que el Creador impuso al hombre.

La caridad en ese supuesto no es la caridad; porque ama al hombre como tal, se da al hombre como tal, se centra en el hombre como tal.

La caridad es la **FILANTROPIA UNIVERSAL**.

Esta teoría es una transposición de la precedente, un cambio de valores, pero que no mejora esencialmente su condición, de valores creados.

Se ha eclipsado el YO, pero ha nacido otro ídolo que no tiene derecho a la subordinación absoluta que pretende, al reclamar para sí lo más grande que tiene el hombre, la totalidad de su amor, y de cuanto amor encierra.

La Caridad resultante del resentimiento:

Esa resultante se funda en algo que es del orden sensible, que permanece esencialmente en el plano de la vida animal. La vida del hombre en cuanto acumuladora de resentimiento que luego explota en el desenfreno de una pasión que subyuga y disminuye o mata la libertad, no pasa del plan de lo puramente animal, está muy distante de la verdadera caridad cristiana.

La Caridad según nos la describe Nietzsche en su Ensayo I, párrafo 14 es una **DEBILIDAD**.

Dice también que la idea del amor cristiano es la más fina flor del resentimiento.

Es coger las hojas, y dejar el argumento.

Empequeñecerse ante los demás es un aspecto de la caridad, olvidarse a sí mismo para beneficiar a los otros, es una flor de la caridad; sufrir un perjuicio propio, que no sea en lo esencial, para salvar lo esencial en los demás, es otra flor de la caridad; pero, nada de esto es la Caridad en la doctrina de San Pablo, ni de San Agustín.

La caridad en esos maestros es siempre la gran fuerza elevada del hombre, dignificadora de todas sus actividades. En ella todo es grandeza, máxime cuando se empequeñece, cuando se abaja, cuando se olvida, cuando se sacrifica, porque entonces es cuando más se eleva, cuando más grande aparece el hombre.

Caridad en el sentir de San Agustín, lo repetiré otra vez, no es el amor natural del hombre, no es su inclinación instintiva hacia lo que puede convenirle, no es el desparramarse de su bondad natural, no es el florecer de sus virtudes naturales; es: **UN DON DE DIOS**, es **ALGO SOBRENATURAL**, es una comunicación de lo divino al hombre para que reine entre Dios y él una transmisión de vida nueva, para dar a sus actos humanos un valor nuevo, una trascendencia, eterna, para hacer del hombre un transmisor de la influencia divina del Creador en el mundo.

El hombre se hace lo que ama, por su asimilación al amado. Por la caridad, el hombre pone a Dios como centro y fin de todo lo bueno, no concibe bondad alguna que no sea reflejo de la divina; la caridad buscará pues, en todos los seres ese algo divino que encierran, que eleva al hombre porque le diviniza. Por respeto a ese algo divino hará cualquier sacrificio, aceptará la humillación, el desprecio, con tal de que quede a salvo lo único que es bien en sí: la gloria de Dios.

Renunciará a toda gloria aparente, porque sabe que no puede existir gloria verdadera para el hombre, si no la encuentra en Dios.

Al acercarse al necesitado, no es para decirle: Mira que bueno soy para contigo, sino para venerar en él la semejanza divina que hasta el más miserable tiene con Dios, los derechos de su naturaleza humana y de su dignidad de hijo de Dios.

Al sufrir una humillación o un desprecio, la caridad no se envilece, se dignifica, el hombre se sobrepone a sus movimientos pasionales, se calla, no por pusilanimidad o impotencia, sino por virtud, por nobleza, porque sabe que asemejarse a Dios es mayor perfección que satisfacer humanos apetitos, que perdonar de corazón es más grande, que el corresponder al agravio con otro agravio; que la humillación del inocente puede ser el camino más corto para salvar a su enemigo, porque ese fué el camino escogido por Cristo para salvar al mundo.

A los ojos de la razón no iluminada por la fe, esta doctrina ofrece impenetrables misterios, pero ya lo dije, la caridad es un término esencialmente cristiano que traduce una realidad exclusivamente cristiana y por consiguiente no se puede entrar en su campo sin la guía de la fe.

Ya nuestro gran filósofo, el insigne Doctor Antonio Caso, en su obra:

“La existencia como Economía, como Desinterés, como Caridad” desmiente todos esos falsos conceptos de la Caridad, diciéndonos: pág. 112: “La caridad consiste en salir de uno mismo, en darse a los demás, en brindarse y prodigarse, sin miedo de sufrir agotamiento. Esto es en esencia el cristiano”. Y en la página 110: “La talla de valores de la humanidad es ésta: mientras más se sacrifica y más difícilmente se efectúa el sacrificio de la vida meramente animal a fines desinteresados, hasta llegar —desde la contemplación estética y las simple buenas acciones, a la acción heroica—, más noble se es”.

Y en la pág. 113: “La caridad es la explosión de fuerza que implica el sentimiento de caridad al vencer las resistencias del egoísmo y brotar del alma del fuerte.

Max. Scheler, el célebre filósofo alemán, es del mismo parecer, y en su libro “El Resentimiento en la Moral” se afana en desmentir la opinión de Nietzsche, y en dar a la caridad cristiana su verdadero sentido, como podemos verlo en los pasajes siguientes:

En dos formas puede conducirse el fuerte con el débil: una porque tiene un poderoso sentimiento de su propia firmeza, de seguridad, porque siente que puede dar algo, pág. 95.

Existe un impulso a sacrificarse en pro de los seres con los cuales nos sentimos unos y solidarios, en oposición a todo lo “muerto” mediante el don de simpatizar con otro viviente, se gradúa según la cercanía y homogeneidad de este viviente. Este impulso no puede derivarse de impulsos primitivamente egoístas, sino que es originalmente propio de la vida, antes de todo fin y objetivo particular, pág. 97.

Pero no hay que creer que la persona que se sacrifica es para sumirse en la enfermedad, en la miseria; ella presta auxilio a esa vida manca, no a causa, sino a pesar de esos valores negativos, para que desarrolle los valores positivos que aún quedan en ella.

En el cristiano lo amado en el pobre, en el enfermo, no es la enfermedad, ni la pobreza, sino lo que hay tras ellas. Cuando San Francisco de Asís besa las llagas de los leprosos a quienes auxilia, no es por “perversión del instinto ni del sentimiento valorativo”

como pretende Nietzsche, sino que tras ellas ve la vida, dice Scheler, pág. 100. De acuerdo, si por vida entiende al Autor de ella, a Dios.

El amor según Jesús auxilia vigorosamente, pero no consiste en la voluntad de auxiliar, (sería sólo benevolencia) el amor no adquiere su valor por el provecho realizado, que puede ser grande con poco amor, o pequeño con gran amor. El óbolo de la viuda del Evangelio tiene mayor valor que la ofrenda del rico, porque el amor con que lo ofrece es más profundo. El acrecentamiento del valor radica originariamente en el que ama, no en el que es auxiliado. El auxilio es la expresión del amor, no su fin, ni su sentido, Scheler (pág. 103).

Los antiguos creían que la fuerza del amor era limitada, pero al concebirse la idea de que el amor es Dios, “Deus caritas est” y por lo tanto es infinito, surge la consecuencia de que hay que amar a los buenos y a los malos, a los justos y a los pecadores, a los amigos y a los enemigos; y que el amor más sobrenatural, más auténtico, es el de estos últimos. Dios nos creó por superabundancia de su amor; en esto no hay el menor rastro de resentimiento; no redujimos muriendo en la humillación y torturado por toda clase de tormentos, en esto tampoco puede haber resentimiento.

Pero la otra forma de darse a los demás, es por fuga de sí mismo. El amor al prójimo en esta segunda forma está fundado en el odio a sí mismo. A esto se ha llamado “altruismo”; pero esto no es la caridad. 109.

La preferencia de Jesús por los pobres, los enfermos, los abrumados, los publicanos; aquella misteriosa y maravillosa inclinación suya hacia los pecadores; sus palabras “los sanos no necesitan médico, sino los enfermos” no viene por los justos, sino por los pecadores, etc. Todo esto me impide ver aquí resentimiento, pág. 112.

Los preceptos: “Amad a vuestros enemigos, hacer bien a los que os odian, etc.” no exigen tampoco una pasividad que sólo el sentimiento de impotencia para vengarse, justificaría, (como Nietzsche cree muy erróneamente), ni tratan de confundir al adversario en secreta sed de venganza, ni son la expresión de un recóndito tormento de sí mismo que se complazca en una conducta paradójica. Ordenan tan sólo la más extremada actividad contra la vida impulsiva natural, que induce a las acciones opuestas, pág. 114.

¿Cómo Nietzsche pudo llegar a tal error?

La razón es: 1o.—El desconocimiento de la esencia de la moral cristiana y en particular de la idea cristiana del amor, unida a la falsa medida valorativa con que la mide; pero además en positivas deformaciones de dicha moral, pág. 124.

No hay duda que el ethos cristiano es inseparable de la concepción religiosa del mundo y de Dios, que es propia del cristiano. Sin ella no tiene sentido, y todos los ensayos para encontrar los principios de una moral "humana" "universal", o de una moral sin supuestos religiosos, están radicalmente equivocados; Scheler, pág. 124. El miembro intermedio que enlaza la religión cristiana con la moral, es la admisión de un reino espiritual, cuyos objetos, contenidos y valores rebasan no sólo toda la esfera sensible, sino también la total esfera de la vida. Es el que Jesús llama "reino de Dios", que es concebido como un grado de realidad independiente del orden, de las leyes y de los valores de la vida, y en el cual radican todos los demás grados de la existencia. Sólo en él halla el hombre el último sentido y valor de su existencia, (pág. 128), pero a él, sólo nos puede conducir la humildad y la fe. Scheler.

"La caridad es un hecho, como la lucha, no se demuestra, se practica, se hace como la vida" A. Caso (pág. 117).

"La caridad consiste en salir de uno mismo, en darse a los demás, en brindarse y prodigarse sin miedo de sufrir agotamiento. Esto es en esencia el cristiano. A. Caso (pág. 112).

Quando se trata de la caridad se piensa generalmente en el alivio que recibe el débil por la acción del caritativo, mas no en la explosión de fuerza que implica el sentimiento de caridad, al vencer las resistencias del egoísmo y brotar del alma fuerte. A. Caso (pág. 113).

Ya en los filósofos antiguos, principalmente en los chinos, en Confucio se encuentran anticipos del pensamiento cristiano sobre la caridad, mas no como base del orden moral, mientras que en el cristianismo sí es la caridad la base de la vida moral y de las relaciones del orden moral con la vida sobrenatural. Esto se puede comprobar examinando el concepto que de la caridad tenían los apóstoles quienes la recibieron del mismo Cristo. "Amaos los unos a los otros, éste es el signo por el que os conocerán como discípulos míos" y nos la han legado en sus evangelios, y en el que de

ella tiene el gran San Pablo y que expresa con tanta sublimidad en su epístola a los Corintios (XIII 2-3) "y si tuviese el don de profecía y entendiese todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviese la fe de manera que pudiera traspasar las montañas, y no tuviese caridad, nada soy. Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer a pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado y no tuviese caridad, de nada me sirve", etc.

Si buscamos lo que de la caridad piensa el insigne San Agustín, a través de sus escritos, encontraremos que es la caridad el centro de donde se desprende la doctrina agustiniana. Inspira la teología del gran doctor el "Deus caritas est" está en la base y en la cúspide de sus exposiciones dogmáticas.

La caridad substancial de Dios ha engendrado al Hijo, efectuado la procesión del Espíritu Santo y constituido el lazo de amor eterno que une a las tres divinas Personas. Por caridad Dios creó a los hombres, por caridad el Hijo se encarnó para endosar sus miserias, y murió en la Cruz para rescatar sus iniquidades, de tal manera que los tres grandes misterios de la Trinidad, la Encarnación y la Redención se resuelven en un acto de amor. Y este amor de Dios penetra en nuestras almas, infundido por el Espíritu Santo y nos hace partícipes de la Caridad eterna.

Y es el misterio de la Gracia que ayudada por los dones del Espíritu Santo corrige nuestra naturaleza, santifica nuestra vida y nos lleva poco a poco a la conquista de nuestra libertad. La caridad no tan sólo nos da la gracia, sino al Autor mismo de la gracia, nos une íntimamente con El, hace circular en nosotros su vida divina, nos alimenta con su substancia, y es el milagro de la Eucaristía; la caridad enriqueciendo nuestra fe y exaltando nuestra esperanza nos procura en la eternidad la visión beatífica; es el misterio de nuestro último fin.

La caridad domina también la metafísica de S. Agustín. Seguramente que la razón tiene un papel muy importante, pues es la base, causa de múltiples investigaciones; pero ya sea que se aplique a las nociones abstractas que le ofrece la naturaleza, como la vida, el ser, etc., ya sea que escudriñe las realidades trascendentales que la fe contiene, la especulación racional encuentra a Dios en la cima de cada una de sus intenciones, lo mismo que en la conclusión de cada uno de sus silogismos. Y ese Dios que es nuestra



causa, y nuestro fin, la verdad que nos ilumina, el Bien supremo que nos entusiasma, la recompensa que nos espera, lo vemos, sin duda alguna con la inteligencia, pero sólo con el amor, lo podemos aprender.

Es la conclusión necesaria del "Deus caritas est" Dios, siendo el Amor mismo, no se revela plenamente y no se da, sino a un corazón que ama. Tan es así que el precepto evangélico "Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas", es la única vía que permite a la inteligencia franquear la sabiduría platónica y continuar su ascensión hacia las verdades eternas.

Este papel de la caridad en la especulación metafísica le asegura el primer lugar en todos los ramos de la mística.

Buen cuidado tiene S. Agustín en no disminuir el papel de la razón; el punto central de la vida interior: la contemplación es esencialmente una operación intelectual; pero con la ayuda del Espíritu Santo presenta en nuestra alma, al Dios buscado con avidez por la inteligencia para unirse a El; ya no es una Luz lejana, perdida en el espacio.

Está en nosotros y por más que nuestro espíritu conozca su presencia, no es él sino nuestro corazón el que la siente, el que da un alma a la oración, el que siente, el que entona cánticos de júbilo. Nuestro espíritu se inmoviliza y se complace en la contemplación de la divina belleza.

Nuestro espíritu se une a Dios y halla en el encanto que esta unión le procura, la recompensa de su ciencia y de su sabiduría. Pero el amor es el que posee a Dios incorporándose sus infinitas perfecciones, compartiendo los sufrimientos de su Pasión y alimentándose de su substancia y de su vida.

Esta constatación es la prueba de que la moral entera depende de la caridad. El Espíritu Santo viene a habitar en nosotros para elevar nuestra naturaleza, sanar las heridas que la degradan; darnos el gusto de la verdad, la pasión del bien y orientarnos hacia la felicidad. No hay que creer sin embargo que su acción impide el funcionamiento normal de nuestra actividad, no; nuestras virtudes conservan su independencia y su vitalidad; la caridad las fortalece, las ilumina y las perfecciona, uniendo sus esfuerzos hacia la posesión de un mismo objeto y sus amores en el amor divino.

Despoja de egoísmo al amor que nos debemos a nosotros mismos; nos dice que es legítimo amar la belleza y la vida de nuestro cuerpo, pero con tal de considerar nuestro ser como el signo revelador del Ser infinito; en nuestra vitalidad, una reproducción de su poder. A estas razones metafísicas podemos añadir que el Verbo Divino vino a dignificar nuestro cuerpo, que éste está destinado a resucitar un día para glorificar a su Creador eternamente.

Amémoslo, pero como siervo del alma que lo anima; ésta merece la primacía sobre todas las criaturas puesto que es la imagen de Dios, su inteligencia, su memoria, su voluntad, reflejan a las tres personas divinas, es el receptáculo de la Verdad y del Bien, el espejo del Verbo, el santuario del Espíritu Santo; si por el pecado original y por sus propias debilidades, cae, la gracia viene en su ayuda para purificarla y asemejarla más y más a Dios; debemos, pues amarle mucho más que a nuestro cuerpo, pero siempre con la condición de que sea al Dios que en ella se mira al que vaya nuestro amor y nuestra adoración.

Claro que esto exige un grandísimo esfuerzo para dominar nuestros sentidos, reprimir nuestros instintos y sacudir el yugo de nuestras pasiones. He aquí como la caridad se vuelve el principio y fundamento de nuestra santificación individual.

Luego, su acción se extiende como fuego voraz sobre toda la humanidad. "Amarás a tu prójimo como a tí mismo". Ahora bien, el prójimo no tiene límite, comprende a todos los hombres que viven en el mundo por haber sido creados por el mismo Redentor y destinados a compartir un día la misma gloria. Por lejano que sea su país y diferente que sea su raza, son nuestros hermanos y los debemos amar como a nosotros mismos.

Esto a primera vista parece imposible y sin embargo en nuestro poder está ayudar a todos nuestros hermanos para que obtengan, como nosotros, si no todos los bienes materiales y espirituales que poseemos, por lo menos el único bien verdadero: la posesión de Dios en la eterna bienaventuranza.

La caridad hacia el prójimo debe practicarse en primer lugar en la familia; santificando el vínculo que une a los cónyuges; operando la fusión de las almas y haciendo desaparecer el egoísmo y los excesos de la pasión que pondrían en peligro la felicidad. Ba-



jo su acción los esposos soportan sus mutuos defectos, perdonan sus faltas, se ayudan en los trabajos y dificultades de la vida, engendran hijos para llenar de alegría sus hogares, pero sobre todo para glorificar a Dios, aumentar el número de sus adoradores y la certeza de que el fuego del divino amor seguirá ardiendo en sus hogares aún después de su muerte. Caminarán íntimamente unidos hacia la eternidad, seguros de que su recompensa será el ver que su amor crece sin fin al dulce contacto del Corazón de Dios.

De la familia, la caridad pasa a la ciudad dando su verdadero sentido y asignando su verdadero papel tanto a la autoridad de los jefes como a la obediencia de los ciudadanos. Enseña a los primeros que mandar es servir y que el poder no está hecho ni para la dominación, ni para la gloria, sino para el interés general y la felicidad de la nación y que para olvidarse de sí mismo y abnegarse totalmente no hay más medio que el de tener el corazón rebosando amor.

La caridad enseña a los ciudadanos que la obediencia no debe ser forzada sino espontánea y sonriente, pues a través de los hombres se dirige a Dios, reuniendo en un mismo amor a los que tienen la autoridad y al que se dignó confiárselas.

La caridad une a todos los hijos de la nación con el vínculo de la concordia que hace vivir en todos los corazones y esta unión es benéfica para todos los órganos de la vida cívica, pues todas las voluntades tienden hacia el bien común llenas de ternura hacia su país, que vive por su actividad y se embellece con sus virtudes.

Del plano político la caridad invade el social y generosamente va en auxilio de los desgraciados, de los que sufren, de los rebeldes.

Nos hace ver los deberes que la justicia nos impone para con los pobres; los bienes de este mundo no nos pertenecen; nos vienen de Dios, su único dueño quien los creó para la felicidad de todos. Debemos reservar una parte para alimentar, curar, vestir y hospedar a los necesitados; es una hipoteca que tienen sobre nuestra fortuna y que debe estar en proporción de nuestros recursos. La caridad va más lejos y quiere que sacrificando lo que nos es superfluo tratemos de procurar al pobre en cuanto sea posible la felicidad de que disfrutamos. Debemos además santificar nuestra

limosna material y convertirla en espiritual, acompañándola de ternura; pues el pobre ocupa un lugar privilegiado desde que Cristo ennobleció su condición escondiendo su presencia, bajo los andrajos del pobre, siendo a Cristo a quien socorremos cuando disminuimos las penas de los desdichados, ellos ayudan al rico a llevar la carga de su fortuna y así se establece el equilibrio y podemos atravesar juntos el duro camino de la vida y llegar como iguales a la felicidad eterna.

La caridad se interesa también por los pecadores y se dedica a curarlos del mal que pone en peligro su alma, pues por culpables que sean, su pecado tiene perdón y está en nuestro poder el obtenerlo despertando en su corazón el arrepentimiento, ya por nuestros consejos o por tiernos reproches y sobre todo rogando por su conversión y rescatando sus faltas por nuestros sacrificios.

Los criminales que han caído en poder de la justicia excitan a su vez el celo de la caridad; no los disputa a la justicia; pero le pide que suprima en sus métodos y sanciones los tormentos inútiles y que tome en cuenta, al fijar la pena, los imponderables detalles que disminuyen la responsabilidad, y que esa pena no sea la muerte; puesto que la vida del hombre pertenece sólo a Dios y que mientras ella dure hay esperanza de rehabilitarla, y aún de santificarla para su Creador.

La caridad se esfuerza en proteger el hilo divino que une a los herejes con la gran familia cristiana. Son pérfidos, tenaces, no importa nos dice la caridad hay que amarlos, agotar los argumentos de nuestro espíritu para llegarlos a convencer, toda la generosidad de nuestro corazón para conoverlos. Las leyes civiles los persiguen porque sus principios y sus actos revolucionarios ponen en peligro al Estado. Ojalá y por nuestro apostolado hiciéramos innecesaria su aplicación; vale mil veces más persuadir que obligar.

Si las leyes, por otra parte, tienden a establecer la paz y el orden son también mensajeras del amor divino. Es la búsqueda de la oveja perdida de que habla el Evangelio, Dios la quiere con Él; ayudarle, ¿no es un acto de caridad conmovedor? Por sublime que parezca, la caridad se reserva su perfume más delicado, su esfuerzo supremo para amar a nuestros enemigos. Amar a sus enemigos es duro para todos; nuestra naturaleza, humana, ve en ello una injusticia y una debilidad. Pero... si somos cristianos, debe-

mos resolvernos a ello, pues el precepto de Cristo es formal y más aún lo es su ejemplo. Nos exige perdonar a nuestros ofensores, para, a su vez, perdonar nuestras faltas; quiere después que roguemos con fervor por los que nos persiguen, pues sólo la oración puede vencer su animosidad, despertar en ellos el remordimiento y merecerles la misericordia divina; por fin desea que seamos los bienhechores de nuestros enemigos; éste es el punto culminante de la caridad, por eso se necesita mucho tacto para ejercitarse en él, pues la menor imprudencia ahondaría la enemistad en vez de preparar la reconciliación; no llevamos ni siquiera la seguridad de obtener el éxito. A imitación de nuestro divino Redentor colmemos de favores a nuestro enemigo, venzámolo por nuestra generosidad y llegará el día en que con la gracia de Dios se abrirán sus ojos y su odio se transformará en amor.

Dos consecuencias innegables de lo expuesto son:

1a.—Que la caridad suprime las distancias entre los corazones, las clases, los pueblos; viendo en todas partes "hermanos" y uniéndolos en un mismo amor.

Se abstiene de tocar a los principios de la justicia y del derecho que regulan las relaciones familiares, políticas e internacionales; no prohíbe las medidas de defensa y de precaución que el desencadenamiento de las pasiones hace necesarias; no destruye el patriotismo que es para cada país la prueba más grande de amor del ciudadano; sino que lo despoja de egoísmo para enaltecerlo; procurando unir el corazón de todas las naciones y de todas las razas con un amor fraterno que enraiga en Dios y por lo mismo carece de rencores, de prejuicios, de odios y rebosa de virtudes divinas que lo santifican, haciendo de él el único "foco" de la paz universal.

La 2a. consecuencia es que la caridad, se afirma como el alma fecunda de la Ciudad de Dios.

Esta Ciudad no es un país determinado; por encima de todos los reinos de la tierra, constituye en todos los tiempos y lugares, la sociedad de los hombres que, sumisos a Dios, practican sus mandamientos, siguen sus consejos y se santifican para su gloria; sin desinteresarse del suelo donde nacieron cumplen allí sus deberes

de ciudadanos, obedecen sus leyes, se consagran lealmente a él. Pero su voluntad sirve también al Estado porque está al servicio del Maestro divino, fortalecida por el Espíritu Santo y considera su colaboración al bien político y social como un medio para elevarse y llegar a la unión con Dios y de procurar que la humanidad entera forme la Ciudad de Dios beneficiando de la Redención y vea a todos sus hijos tener su puesto en el reino eterno.

## BREVE REGISTRO DE MATERIAS

**ALMA.**—La más perfecta de las criaturas (38). Su autoridad sobre el cuerpo (38). Imagen por sus tres facultades de la Santísima Trinidad (40). Santuario del Espíritu Santo (40). Su belleza, su inmortalidad, su felicidad eterna (41).

**AMOR.**—Peso de la voluntad (5-6-7). Es la voluntad intensificada (6). Presupone el conocimiento (5). Exige la reciprocidad (7). Tiene por fin la posesión del ser amado (7).

**AUTORIDAD.**—Es el privilegio del padre en la familia, (45) del jefe de la ciudad (46). No puede alcanzar su fin más que corregido en su fuerza y en su justificación, por la caridad (51). Viene de Dios (52).

**AVARICIA.**—Obscurece el espíritu (9), endurece el corazón, esclaviza la voluntad (9).

**BELLEZA.**—Se funda sobre la proporción y la armonía de las partes (35). Todas las bellezas humanas proceden de la Belleza Divina (6).

**BIEN.**—Todos los seres creados son buenos (8). El hombre tiene derecho de usar de los bienes sensibles (10). Debe buscar los espirituales (11). La virtud tiende al Bien Supremo, y lo ve sin poderlo alcanzar (15). Sólo la caridad puede alcanzarlo y poseerlo (20-21-22).

**CARIDAD.**—En Dios, sustancia divina que engendra al Verbo y opera la procesión del Espíritu Santo (17). En el hombre: participación de la caridad divina difundida en nosotros por el Espíritu Santo (18). Es una gracia (21). No podemos merecerla, es la reina de las virtudes. Su definición (23). Es la base de nuestra vida moral (30). Es el foco de nuestra santificación (22). Su primacía sobre

la fe y la esperanza (30). Influencia de los dones del Espíritu Santo sobre el desarrollo de la caridad (24-28). Sus dos preceptos: Amor de Dios y Amor del prójimo. Sentido del "Dilige et fac quae vis" (30).

**CIENCIA.**—En el plano de la naturaleza tiene por objeto el conocimiento de los objetos sensibles y de la verdad (12). Deduce las leyes físicas del mundo. No puede llegar a la verdad absoluta (13). Es un don del Espíritu Santo que nos hace discernir lo que conviene a la caridad (25).

**CIUDADANOS.**—Deben obedecer al poder (52). Su obediencia debe ser un acto de amor a Dios (53). La caridad es el mejor alimento de su patriotismo (54).

**CONCORDIA.**—Unión de los corazones en la ciudad (52). Cicerón la reclama como fundamento de la vida cívica (54). Toma su verdadera fuerza y su valor real en la caridad (54).

**CONDENADOS.**—La caridad interviene para suprimir en sus juicios el rigor excesivo (60). Endulza su suerte (60). Se aplica a la santificación de su alma (60). Tiene el angustioso anhelo de su eterna salvación (60).

**CONTEMPLACION.**—Precede, en la ascensión de nuestra alma a la unión con Dios (32). Contemplación exterior de Dios en las obras de la creación (31). Contemplación interior de Dios en las facultades de nuestra alma (44).

**CRISTO.**—Trajo a los hombres el gran mensaje de la caridad (18). Lo firmó con su sangre en la cruz. Es el Maestro interior que nos enseña a practicar la ley del amor (18).

**CUERPO.**—¿Por qué debemos amarlo? (35). Porque es bello, porque es el templo del Espíritu Santo, porque está destinado a resucitar (35). ¿Cómo debemos amarlo? Sometiéndolo al alma, cuidándolo razonablemente, adorando a Dios en él, y ofreciéndoselo (36).

**DIOS.**—Es amor (17). Nos amó antes de nuestra creación; todo el plan de la gracia y de la salvación son actos de su amor (39). Es el ser por excelencia, la verdad, el Bien, la Vida, habita en nosotros por la caridad (33). Debemos amarlo con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas (33). No podemos contemplar su belleza, pero en el cielo lo veremos (34). El fin su-

premo de la caridad es el de poseerlo para gozar de El, pero por El (34).

**DIFUSION.**—Es la forma escogida por el Espíritu Santo para comunicarnos la caridad (17). Es la forma que debe tomar nuestra caridad para esparcirse a nuestro alrededor, como un fuego ardiente (44).

**DON.**—El Espíritu Santo es el Don por excelencia; los siete colaboran al desarrollo de la caridad (17). La caridad se los va incorporando al perfeccionarse (24-28).

**ENEMIGOS.**—El precepto de amarlos es duro y difícil (63). La ley del talión fué abolida por la de la caridad (63). El perdón de las ofensas es condición esencial de nuestra justificación (64). Debemos pedir a Dios por ellos. Debemos hacer el bien a los que nos persiguen (64). Debemos tratar con prudencia de procurar la reconciliación y hacer todo lo que esté a nuestro alcance para asegurar su salvación (65).

**ESPOSOS.**—Su amor debe hacer obra de vida (44). La caridad los lleva a poner todo en común (44); cicatriza las heridas que pueden hacerse mutuamente (45). Hace que se soporten a pesar de sus defectos (45).

**ESPIRITU SANTO.**—Nos da la caridad (17). Es el agente de nuestra vida sobrenatural (18). Previene, excita e inflama nuestra voluntad; nos lleva por su acción a la santidad (19).

**FAMILIA.**—Es la célula generadora de la sociedad fundada en el amor (45). Es el primer campo de acción de la caridad hacia el prójimo (46).

**FE.**—Precede a la caridad (28). La engrandece haciéndole conocer el objeto de su amor, pues amamos en la medida en que conocemos, y conocemos bien lo que amamos (29).

**FUERZA.**—Virtud cardinal (26). Don del Espíritu Santo que arma a la caridad contra los tres enemigos del alma y le permite vencerlos (27).

**HEREJIA.**—Peligros de la herejía (61). Necesidad de combatirla (62). La caridad es el arma más a propósito, debe hacerlo por la persuasión y por la ternura (62). Las leyes coercitivas son justas, pero deben emplearse sólo como último recurso (63). Se debe

acoger con amor a los herejes que se convierten (63). Lo único que debe importar, de veras, es su salvación eterna (64).

**HIJOS.**—Su nacimiento refuerza el lazo de amor que une a los esposos (48). Corregir sus defectos es señal de cariño (48). No deben ser amados por ellos, sino por Dios que les dió la vida y a quien tienen destino de glorificar (49). Deben amar a Dios en sus padres (49).

**HONORES.**—Son un bien con la condición de que sirvan para el interés general de la nación. (10) De lo contrario degeneran en ambición y tiranía; son incapaces de darnos la felicidad perfecta que ambicionamos (10).

**INTELIGENCIA.**—Es el espejo del Verbo Divino (39). Es el ojo interior del alma que percibe las realidades espirituales (39). Es uno de los dones del Espíritu Santo que nos revela los últimos rastros de nuestras faltas y nos ayuda así a purificar nuestra alma (28).

**JUSTICIA.**—Virtud cardinal que consiste en dar a cada uno lo que es suyo (15). Ordena que se castigue a los culpables (60). Precisa los deberes de la riqueza (55).

**MEMORIA.**—Facultad del alma (39). Palacio donde reposan los recuerdos del pasado; centro donde residen los conocimientos abstractos (39). Tabernáculo que encierra el recuerdo de Dios (39). Está bajo las órdenes de la voluntad (40).

**PASIONES.**—Están en lucha constante contra la caridad (26). No mueren en la derrota y tratan de recuperar lo perdido (26). No pueden ser dominadas sin la ayuda del Espíritu Santo (27).

**POBRE.**—Tiene una particular dignidad; es miembro de Cristo. Socorrerlo, es socorrer a Cristo (56). Ayuda al rico a conseguir su salvación (57).

**PECADORES.**—La caridad nos prohíbe despreciarlos (57). Nos pide que ayudemos a su conversión por lo menos con nuestras oraciones, y que reparemos sus faltas por nuestros sacrificios (59). Que pidamos a Dios su perdón y su salvación (60).

**PROJIMO.**—Comprende a todos los hombres (43). Fueron

creados como nosotros, redimidos por la misma sangre, destinados a la misma recompensa (43). ¿Cómo podemos amarnos como a nosotros mismos? (44). Nuestro amor varía de intensidad según los lazos que nos unen con ellos, pero debemos procurarles la misma felicidad que deseamos para nosotros, y sobre todo su salvación (45).

**RAZON.**—Distingue y asocia los conocimientos naturales, que preceden a los descubrimientos de la fe (12). "Intellige ut credas" (28). Explora, escudriña, analiza el contenido de la fe. "Credo ut intelligam" (29).

**RICO.**—No es propietario de sus bienes, sino depositario (55). Es responsable delante de Dios del uso que de ellos haga (55). No está obligado a abandonarlos (56). Debe, en justicia, dar una parte a los pobres; la caridad le pide que dé todo lo que le es superfluo. No sólo su dinero debe dar al pobre, sino su amor (57).

**SABIDURIA.**—Es un don del Espíritu Santo (28). Se confunde con la caridad, nos muestra a Dios y nos lo hace amar (19).

**VERBO.**—Se refleja en nuestra inteligencia (39). Fué enviado por Dios para mostrarnos su amor, e invitarnos a darle el nuestro (21).

**VERDAD.**—Es la esencia de las cosas (12). Tiene sus principios en Dios. Es el fin de la Ciencia, el alimento de nuestra inteligencia (13). Descubre sus profundos misterios a la fe; pero se revela más completamente a la caridad (14).

**VIRTUD.**—Nos orienta hacia la acción (14). Tiene por fin el BIEN. Se divide en virtudes cardinales y virtudes derivadas (15). La caridad contiene todas las virtudes, es un reflejo del BIEN infinito (15).

**VIDA.**—Dada al cuerpo por el alma (39). Dada al alma por Dios. Es una perfección del ser (39). Debemos conservarla y enriquecerla (41). La Eucaristía es el foco de vida de nuestra alma (31).

**VOLUNTAD.**—Es un amor intensificado (7). Tiene un papel preponderante en la vida psicológica (6). Es agente de nuestra vida moral, pues es el valor del hombre (7).

## BIBLIOGRAFIA

- Adhémar d'Alès.  
Bertrand.  
Boyer, Ch.  
Caso, Antonio.  
Cavallera, Ferd.  
Cayré Fulbert.  
Ceballos, Eugenio.  
Combes, G.  
Díaz de Beyral.  
Eucken.  
Garrigou-Lagrange.  
Gilson.  
Gravman.  
Lecordier.  
Martin, J.  
Mayr, Félix.  
Papini, Giovanni.  
Rivière, J.  
Roland-Gosselin.
- Sur les traces de Saint Augustin.  
La Vie de Saint Augustin.  
L'idée de vérité dans la philosophie de St. Augustin.  
La Existencia como Economía, como Des-interés, como Caridad.  
La Doctrine de St. Augustin sur L'Esprit Saint.  
La contemplation augustinienne.  
Obras ascéticas de San Agustín.  
La doctrine politique de Saint Augustin.  
La Ciudad de Dios.  
Los Grandes Pensadores.  
L'Amour de Dieu et la Croix de Jésus.  
Introduction à l'étude de St. Augustin.  
La Historia de la Filosofia en la Edad Media.  
La Filosofia Medieval.  
La doctrine de l'Eucharistie chez St. Augustin.  
Saint Augustin.  
Saint Augustin maître de la vie spirituelle.  
San Agustín.  
Le dogme de la Rédemption chez St. Augustin.  
La morale de Saint Augustin.

San Francisco de Sales.	Tratado del Amor de Dios.
San Agustín.	Confesiones.
	De Doctrina cristiana.
	De Trinitate.
	De Ordine.
	Epístolas.
	Soliloquios.
	Sermones.
Scheler, Max.	El Resentimiento en la Moral.
Torres, Amat.	Hechos de los Apóstoles.
	Evangelió de San Lucas.
	Evangelió de San Marcos.
	Evangelió de San Mateo.
	Evangelió de San Juan.

## INDICE

### PRIMERA PARTE

#### LA BUSQUEDA DE DIOS POR EL AMOR

	Págs.
CAPITULO I.—Naturaleza y objeto del amor.....	9
CAPITULO II.—Amor a los bienes sensibles.....	13
CAPITULO III.—Amor a los bienes espirituales.....	17

### SEGUNDA PARTE

#### EL AMOR A DIOS

CAPITULO I.—Su naturaleza .....	21
CAPITULO II.—Su desarrollo .....	29
CAPITULO III.—Su fin .....	35

### TERCERA PARTE

#### EL AMOR A SI MISMO

CAPITULO I.—Amor al cuerpo .....	39
CAPITULO II.—Amor al alma .....	43

### CUARTA PARTE

#### EL AMOR AL PROJIMO

CAPITULO I.—Sentido y alcance del precepto.....	47
CAPITULO II.—Amor a la familia .....	49



	Págs.
CAPITULO III.—Amor a la Ciudad .....	55
CAPITULO IV.—Amor a los pobres .....	59
CAPITULO V.—Amor a los pecadores, los condenados, los herejes .....	63
CAPITULO VI.—Amor a los enemigos .....	67
CONCLUSION .....	71
BREVE REGISTRO DE MATERIAS .....	85
BIBLIOGRAFIA .....	91



OF. CENTRAL